

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- Carta para la Jornada del DOMUND 2013 871
- Madrid y los mártires de la España contemporánea. Ante la próxima beatificación de 522 mártires en Tarragona 875
- Palabras de agradecimiento del señor cardenal Presidente de la CEE al terminar el acto de la Beatificación del Año de la fe 879

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 882
- Defunciones 885
- Sagradas Ordenes 887
- Actividades del Sr. Cardenal. Octubre 2013 888

Diócesis de Alcalá de Henares

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Actividades Sr. Obispo. Octubre 2013 891
- Decreto erección nueva parroquia 897
- Nombramientos 899
- Ceses 900

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Ordenaciones de presbíteros y diáconos 901

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

• Nombramientos	908
• Defunciones	909

Conferencia Episcopal Española

• Declaración conjunta del XXII Encuentro Internacional Católico-Judío	911
• Homilía en las solemnes vísperas del sábado 12 de octubre. Monseñor Jaume Pujol Balcells	915
• Homilía de la Misa de Beatificación del año de la Fe. Monseñor Angelo Card. Amato, SDB	920

Iglesia Universal

• Mensaje del Sto. Padre Francisco para la Jornada Mundial de la alimentación 2013.	927
• Mensaje del Sto. Padre Francisco para la Jornada Mundial de las Misiones 2013	931
• Mensaje del Papa Francisco con motivo de las beatificaciones de 522 mártires en Tarragona	937
• Palabras del Papa Francisco durante el Ángelus	939

VIAJE PASTORAL A AIS

• Encuentro con los niños discapacitados y enfermos ingresados en el Instituto Seráfico	941
• Encuentro con los pobres asistidos por Cáritas	945
• Homilía Santa Misa	950
• Encuentro con el clero, personas de vida consagrada y miembros de consejos pastorales	954
• Palabras a las monjas de clausura	959
• Encuentro con los jóvenes de Umbría	962

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Famiprint, S.L. - c/ Júpiter, 7 - Tel. 91 677 99 93 - Fax: 91 677 74 48

E-mail: famiprint@famiprint.com - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXXI - Núm. 2859 - D. Legal: M-5697-1958

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

Carta del Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid
para la Jornada del DOMUND 2013

"Fe + Caridad = Misión"

Domingo 20 de octubre

Mis queridos diocesanos:

«El obispo, suscitando, promoviendo, dirigiendo la obra misionera en su diócesis, con la que forma una sola cosa, hace presente y, por así decir, visible el espíritu y el ardor misionero del pueblo de Dios, de modo que toda la diócesis se convierta en misionera» (Decreto *Ad gentes*, 38). Con estas palabras, el Concilio Vaticano II nos recuerda a los obispos la preocupación constante que, en nuestra mente y en nuestro corazón de pastores, hemos de tener por custodiar y avivar el espíritu misionero en los fieles que nos han sido encomendados. Y en su Mensaje para este Domund 2013, el Papa Francisco lo subraya con fuerza y de un modo bien concreto, invitando «a los obispos, a los sacerdotes, a los Consejos presbiterales y pastorales, a cada persona y grupo responsable en la Iglesia a dar relieve a la dimensión misionera en los programas pastorales y formativos». Con su invitación, el Santo Padre no hace otra cosa que reavivar el mandato mismo del Señor, su

«testamento» a la hora de ascender a los cielos: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación», mandato que es, justamente, la luz y la fuerza que ha inspirado todos los planes diocesanos de pastoral que se han ido realizando a lo largo de estos años, en los que hemos celebrado el III Sínodo Diocesano, la Misión Joven, la misma preparación y desarrollo de la Jornada Mundial de la Juventud de 2011 y, durante el curso pasado y éste que estamos iniciando, la Misión-Madrid.

Como pastor de esta Iglesia particular de Madrid, ante la celebración del Domund 2013, coincidiendo con el «Año de la fe», hago a todos, sacerdotes, consagrados y fieles laicos, familias enteras, una llamada ardiente y gozosa, llena de esperanza, a ser verdaderos misioneros, apóstoles, es decir, «enviados» a llevar la fe y el amor de Jesucristo a todos aquellos que no lo conocen y no lo aman. En nuestra Iglesia diocesana hemos recibido muchas y grandes gracias de Dios, que no podemos guardarlas «sólo para nosotros mismos», pues si así fuera nos convertiríamos, como dice el Papa en su Mensaje, «en cristianos aislados, estériles y enfermos». Necesitamos, y con urgencia, reavivar el ardor misionero que haga auténtica realidad en Madrid la nueva evangelización, y para que así sea hemos de tener el corazón abierto al mundo entero, con la certeza de que, en palabras del Papa Francisco, «donar misioneros nunca es una pérdida, sino una ganancia». Porque la Iglesia es una y católica, y en verdad es «una ganancia» para la Iglesia en Madrid sus hijos misioneros, que casi alcanzan el millar, repartidos por todos los continentes, pues nos traen –dice también el Mensaje pontificio– «la frescura de las Iglesias jóvenes, de modo que las Iglesias de antigua cristiandad redescubran el entusiasmo y la alegría de compartir la fe en el intercambio que enriquece mutuamente en el camino de seguimiento del Señor».

La Jornada del Domund es, sin duda, ocasión privilegiada para avivar en nuestra Iglesia diocesana el auténtico espíritu misionero que significa tener la mirada y el corazón completamente abiertos a la Iglesia entera, extendida por toda la tierra, que espera de todos y cada uno sus hijos no cejar en el empeño de llevar la Buena Noticia de Jesucristo a tantos hermanos nuestros que aún no lo conocen y no lo aman. Hemos de tenerlo bien presente, reavivando en el 50 aniversario del Concilio Vaticano II, que celebramos en este «Año de la fe», lo que nos dice en su Decreto «Ad gentes»: «La Iglesia, enviada por Cristo para manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos, sabe que tiene que llevar a cabo todavía una labor misionera ingente» (n. 10). Cada

año, al comenzar el curso, se nos recuerda que queda mucho por hacer, y no podemos olvidar que sigue vigente la urgente llamada a la Misión que nos hacía el Beato Juan Pablo II al comienzo mismo de la encíclica «Redemptoris missio», de 1990, precisamente en el 25 aniversario del Decreto «Ad gentes»: «La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. Una mirada global a la Humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos», y por tanto «debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio».

El lema que nos han propuesto las Obras Misionales Pontificias para este Domund 2013, «Fe + Caridad = Misión» es bien expresivo del ser mismo de la Iglesia, que ciertamente es «misionera» desde su misma raíz. Porque cuando «el espíritu y el ardor misionero», que en expresión del Decreto «Ad gentes» han de distinguir al pueblo de Dios, faltan en la Iglesia, es la demostración más palpable de la falta de la fe y de la caridad, que son la fuente de la Misión. La obra misionera de la Iglesia nace de la fe de los cristianos, que necesariamente les mueve al amor más profundo y sincero hacia todos, y muy en especial a los más necesitados, y quien ha conocido de veras a Jesucristo sabe bien que no hay mayor necesitado que aquel que no lo conoce. Dar a conocer a Jesucristo, testimoniarlo con la fe y la caridad de la propia vida, eso, y no otra cosa, es la Misión. La misión de la Iglesia es la necesaria consecuencia de ese corazón enamorado de Cristo, reconocido en la fe como el Único Dios, Señor y Salvador nuestro, que arde en deseos de que esa misma fe y ese mismo amor se encienda en los corazones de todos los hombres. El Papa Francisco, desde el comienzo mismo de su pontificado, no ha dejado de subrayar que la labor de la Iglesia no puede confundirse con la de una ONG. Sin duda, los misioneros se preocupan de las necesidades materiales de sus hermanos los hombres, ¿y por qué? Sencillamente, porque en su corazón están bien vivas la fe y la caridad. Sin esa fe y sin esa caridad, es decir, sin la Presencia viva de Cristo en cada misionero, de poco serviría la ayuda material, y más aún: tal ayuda muy pronto se vería en peligro.

«Fe y Caridad», he ahí el alma de la celebración de la Jornada del Domund, y nos unimos en la acción de gracias a Dios por la bendición que es para toda la Humanidad el trabajo de los misioneros, fuente de la verdadera Esperanza, y siempre sabiendo que esta tarea «ingente» continúa, pero al mismo tiempo conscientes de que, en definitiva, es obra de Dios, y que, poniéndonos en sus manos, Él mismo la llevará a término. Y concluyo invocando la intercesión de su Madre, y Madre nuestra, la santísima Virgen Nuestra Señora de la Almudena. Que

ella, Reina de los Apóstoles y de las Misiones, cuide de nuestros misioneros y ayude a que todo el pueblo cristiano de Madrid no pierda nunca el espíritu apostólico y misionero, al tiempo que os envío a todos mi saludo cordial y mi bendición,

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

MADRID Y LOS MÁRTIRES DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA ANTE LA PRÓXIMA BEATIFICACIÓN DE 522 MÁRTIRES EN TARRAGONA

Madrid, 5 de octubre de 2013

Mis queridos hermanos y amigos:

El próximo Domingo, día 13 de octubre, al día siguiente de la celebración de la gran Fiesta de la Virgen del Pilar, “*Madre de España*”, el Delegado del Santo Padre “*elevará al honor de los altares*” -expresión tradicional en el culto multisecular del pueblo cristiano a sus Santos- a 522 nuevos mártires del siglo XX en España, que se sumarán a los 1001 ya beatificados durante el Pontificado de Juan Pablo II (471 mártires) y de Benedicto XVI (530). Entre ellos, los ya beatificados y los que lo serán el próximo domingo, se encuentra un elevado número que han sido martirizados en Madrid, en la Ciudad y en la Provincia, en los años 1936 y 1937, los más crueles de la persecución religiosa sufridas por la Iglesia diocesana de Madrid. Religiosos de las Órdenes y Congregaciones de más arraigo en la historia y en la vida de la Iglesia y del pueblo madrileño, constituyen, en el número y en

la variedad de las familias religiosas a los que pertenecen, el núcleo principal de los mártires madrileños del siglo XX beatificados por la Iglesia. A ellos se añaden religiosas, sacerdotes diocesanos, seminaristas y fieles laicos. ¡Son centenares! Con toda razón histórica y eclesial se puede afirmar que el siglo XX en Madrid ha sido tiempo de martirio: ¡de Iglesia de mártires! Los mártires, entregando la vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores, son la prueba más evidente de la fecunda fidelidad de la Iglesia al Evangelio en un lugar y un tiempo determinado; en nuestro caso, en el Madrid contemporáneo (Cfr. Porta Fidei, 13). Había que haber nacido, crecido y/o vivido en un ambiente eclesial muy enamorado de Cristo y muy empapado del amor fraterno a los hermanos, vecinos y conciudadanos, creyentes o no creyentes, practicantes o no practicantes, para que puestos antes el dilema de renunciar a su vocación de consagrados, de sacerdotes diocesanos o de apóstoles laicos, es decir, puestos ante la disyuntiva de negar a Cristo y de renunciar a su seguimiento... o la muerte, no dudan en su elección: ¡morir por Él!

En el Madrid de “*los años 30*” del pasado siglo, han sido muchos los hijos de la Iglesia y no pocas de sus hijas que prefirieron la muerte antes que negar a Jesucristo: el Hermano, el Amigo, el Señor, el único Salvador y Redentor del hombre. Su martirio significaba mucho más que un acto individual de heroísmo humano o de servicio ejemplar a una causa noble. Daba forma heroica a la unión más fiel y amorosa al Cristo que, siendo Hijo de Dios, no se arredró ante la Pasión y Muerte en la Cruz como acto de amor infinitamente misericordioso para que el hombre pudiera ser librado de la muerte del alma y del cuerpo. Ante el ejemplo de entrega radicalmente amorosa de los mártires, abrazados a Cristo Crucificado y Glorificado, se hace inevitable rememorar el texto paulino de que la pasión de Cristo necesita ser completada en y por su Cuerpo que es la Iglesia.

Por ellos, los mártires madrileños del siglo XX, la comunidad diocesana de los fieles cristianos madrileños prestó a la Iglesia en España y en todo el mundo, al hombre y a la sociedad de aquel tiempo tan dramático de las guerras mundiales y de las luchas fratricidas entre hijos de un mismo pueblo y de un mismo solar patrio, el servicio más valioso que uno pudiera imaginarse. Muriendo por Aquél, que nos lleva por el camino de la verdad, del amor y de la vida morían también por nosotros, por nuestra salvación definitiva ¡eterna!; morían para que la Iglesia, en sus hijos e hijas, en sus pastores y fieles -consagrados y laicos-, resplandeciera en la santidad que es “*la perfección de la caridad*”. Y, de este modo, auténticamente purificada

y transformada por el amor inequívoco y total a Cristo, pudiera dar al mundo y a los hombres el testimonio límpido y valiente de la Fe. “*La sangre de los mártires*” fue semilla de cristianos en los primeros siglos de la Iglesia naciente; lo siguió siendo a través de todos los periodos de su historia sin interrupción alguna hasta hoy. Lo fue, de forma portentosa, en la historia del siglo XX, dramática siempre y trágica en no pocas ocasiones, pero en la que la imagen de la Iglesia, apoyada en el ejemplo y en la intercesión de sus incontables mártires, se alzaba como el verdadero signo de la victoria de la esperanza de que la humanidad volvería a poder encontrar el camino de una verdadera sanación de sus heridas más atroces -el odio, la venganza, la guerra sin fronteras, las miserias físicas y espirituales de toda especie... la explotación del hombre por el hombre- y la senda de una nueva edificación de la humanidad como una familia universal de hermanos que marchan unidos, en la experiencia del amor de Dios y al prójimo, por los itinerarios de la historia hacia la misma meta de la vida y de la felicidad que sólo Dios da, a través del tiempo, en la eternidad.

Nuestros mártires madrileños del siglo XX vistos, contemplados y venerados dentro de la corona de todos los Mártires de la España contemporánea, han sido y siguen siendo en la actualidad “*semilla de cristianos*”. Ejemplos e intercesores amigos para la nueva Evangelización de este “*querido y viejo Madrid*” al que estamos llamados a evangelizar: de ese Madrid que late en lo más profundo de nuestros anhelos de solución de sus crisis más dolorosas -el paro, las rupturas familiares, la soledad y el desamparo de tantos niños y ancianos, la dureza de muchos corazones...- y al que queremos llevarle la Buena Noticia del Evangelio que nos salva ahora y siempre: ¡eternamente!.

Para “*la Misión-Madrid*”, para su fecundidad espiritual y humana, el ejemplo y la intercesión sus Mártires son luz y, a la vez, impulso precioso para el corazón creyente y misionero de los hijos de la Iglesia, sin el cual pretender ofrecer hoy a nuestros hermanos, sobre todo a los más jóvenes y más necesitados del amor fraterno y de la solidaridad cristiana, el testimonio veraz y convincente de la Fe, resulta una quimera imposible. Los Mártires, que se beatificarán en Tarragona el próximo Domingo son los primeros mártires beatificados españoles del Pontificado del Papa Francisco que nos enseña incansable y conmovedoramente con sus gestos y con su Magisterio que “*la fe es un bien para todos, es un bien común; su luz no luce sólo dentro de la Iglesia ni sirve únicamente para construir una ciudad eterna en el más allá; nos ayuda a edificar nuestras sociedades, para que avancen hacia el futuro con esperanza*” (“*Lumen Fidei*” 51). Así brilla el testimonio de la fe de los mártires del siglo XX en Madrid y en España: ¡como una prueba irrefutable,

heroicamente vivida y transmitida, de esa esperanza que no defrauda y de la que nos da testimonio gozoso el Papa.

A la Virgen Santísima, Nuestra Señora de la Almudena, Reina de los Mártires, le pedimos que nos ayude -como Ella sólo sabe hacerlo- a venerar y a imitar a nuestros mártires de tal modo que nuestro seguimiento de su Hijo Jesucristo, Crucificado y Resucitado por nuestra salvación, sea cada vez más fiel, más auténtico y más fecundo para la evangelización de nuestros hermanos, todos nuestros conciudadanos de Madrid.

Con todo afecto y con mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

PALABRAS DE AGRADECIMIENTO
DEL SEÑOR CARDENAL PRESIDENTE DE LA CEE
AL TERMINAR EL ACTO DE LA BEATIFICACIÓN
DEL AÑO DE LA FE

Sábado, 12 Octubre 2013

Señor Cardenal, queridos amigos todos:

Al terminar esta hermosa liturgia, que nos ha emocionado a todos, cumplo con el grato deber de dar las gracias. Gracias a Benedicto XVI que firmó los decretos de muchas causas que han esperado hasta hoy para la beatificación de sus mártires. Gracias al Santo Padre, el papa Francisco que ha firmado los decretos de las últimas causas y que nos ha enviado como representante suyo al Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el Cardenal Angelo Amato, que con tanto afecto ha seguido en los últimos años el camino de las causas de nuestros mártires. Gracias, señor Cardenal. El Papa Francisco se ha hecho presente entre nosotros también por medio del mensaje televisivo que nos ha dirigido. ¡Muchas gracias, Santo Padre! Guardamos sus palabras en el corazón.

Gracias al señor Arzobispo de Tarragona y a sus colaboradores. Esta querida archidiócesis, preclara por la sangre de sus mártires de los primeros siglos y del siglo XX, nos ha acogido con exquisita y fraterna cordialidad. Nos hemos sentido como en casa. Gracias, moltes gracias, senyor Arquebisbe.

Las autoridades civiles, militares y académicas han puesto de manifiesto con su presencia la armonía que ha de existir entre todos los ámbitos de nuestra sociedad. Muchas gracias. Los católicos, invocando la intercesión de los mártires, no dejamos de orar por las legítimas autoridades, de modo que todos podamos convivir fraternalmente en justicia, libertad y paz.

La Beatificación que acabamos de celebrar quedará como un fruto precioso del Año de la fe. Era un deseo ferviente de la Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia Episcopal que hoy se ha cumplido con creces. Agradezco la presencia de tantos hermanos obispos de nuestras diócesis y también la de los venidos de otros países. Permítanme que agradezca, en particular, el delicado gesto del Patriarcado de Moscú, que, con su presencia a través de dos representantes, pone de relieve el nuevo camino ecuménico abierto por los mártires del siglo XX.

La Secretaría General de la Conferencia Episcopal Española, con su Oficina para las Causas de los Santos y un gran número de colaboradores, ha llevado adelante el encargo de la coordinación previa y de la realización de este acto. Sin olvidar el papel fundamental para el desarrollo ordenado de esta solemne y conmovedora celebración de tantos voluntarios, que aquí en Tarragona nos han ayudado con tanta generosidad y discreción. Se lo agradecemos con todo el corazón.

Cualquier beatificación, la más sencilla, exige un prolongado trabajo de años.

Cuánto más ésta que acabamos de celebrar. Las numerosas causas de los mártires que hoy se suman al martirologio de la Iglesia no habrían prosperado sin el trabajo y sin la paciencia de los postuladores, vicepostuladores y de todos los que colaboraron con ellos. Muchas gracias, queridos hermanos y hermanas. Gracias también a las partes actoras, diócesis, institutos de vida consagrada y otras personas, por su interés en promover la memoria de los mártires, que ahora pasan a ser patrimonio de la Iglesia Universal, gracias a la generosidad de sus familias diocesanas, religiosas e incluso parroquiales. ¡Que Dios os lo pague!

Gracias a la gran comunidad que ha seguido la ceremonia por los medios de comunicación desde toda España y desde todo el mundo. Gracias también a los medios de comunicación que lo han hecho posible y que hacen posible de otros muchos modos la difusión de este acontecimiento histórico para la vida de la Iglesia.

Gracias, en fin y muy especialmente, a todos vosotros, queridos amigos, que os habéis acercado a Tarragona para la Beatificación. Gracias por vuestra fe y por vuestra paciencia. En particular, a los más mayores, hermanos de sangre y de religión de los nuevos mártires. Gracias a vosotros sacerdotes concelebrantes, que habéis venido en gran número, animando a vuestras comunidades, desde los lugares más alejados de nuestra geografía, y a tantos consagrados y consagradas, herederos espirituales más directos de la mayoría de los hoy beatificados. Hemos vivido una asamblea litúrgica en la que hemos podido casi palpar la catolicidad de la Iglesia. Han merecido la pena los pequeños sacrificios que ha habido que hacer. Nos volvemos a nuestras casas fortalecidos en la fe por el testimonio heroico de tantos testigos firmes y valientes de Jesucristo, el Redentor del hombre. Ahora los tenemos también como intercesores. Buen viaje de vuelta. Gracias a tothom. Que Nuestra Señora, de Montserrat y Reina de los mártires os acompañe. Amén.

† Cardenal Antonio M^a Rouco Varela
Presidente de la Conferencia Episcopal Española
Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTE:

De Dulce Nombre de María: D. Juan José Gómez Escalonilla (3-10-2013).

De San Miguel Arcángel y San Vicente de Paúl: D. José Andrés Silva Martín (8-10-2013).

PÁRROCOS:

De San Antonio de las Cárcavas: D. Juan Ignacio Rodríguez Trillo (3-10-2013)

De Doce Apóstoles: D. Pablo José Hortas Gil (8-10-2013).

De Presentación de Nuestra Señora: D. José Hernández Álvarez (8-10-2013).

De Nuestra Señora de la Merced: D. Juan Álvarez Romano (8-10-2013).

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

De Asunción de Nuestra Señora, de Miraflores de la Sierra: D. Andrés Esteban Colmenarejo (3-10-2013).

De Nuestra Señora de la Guía: D. Jorge Dompablo Bernaldo de Quirós (29-10-2013).

VICARIOS PARROQUIALES:

De Berzosa, Robledillo y Cervera: D. Amadeo Giménez Serrano (3-10-2013).

De Nuestra Señora de Guadalupe: P. Gonzalo Martínez Benítez, M.Sp.S. y P. Fernando Artigas Sabates, M.Sp.S. (3-10-2013).

De Beata Teresa de Calcuta: D. Manuel López Ramírez (3-10-2013).

De Santa María la Blanca de Montecarmelo: P. Alfonso Aguilar González, L.C. (3-10-2013).

De San Dámaso: D. Juan Luis Castón López (8-10-2013).

De Nuestra Señora de la Merced: D. Javier Carralón González (8-10-2013).

De Preciosa Sangre: P. Juan Pedro Ruiz Luengo, C.PP.S. (8-10-2013).

De Santos Inocentes: D. Manuel Antonio Padrón González (15-10-2013).

De San Bruno: D. Manuel Iglesias Labat (15-10-2013).

De Perpetuo Socorro: P. Damián María Montes Nieto, C.SS.R. (15-10-2013).

De San Leandro: P. Carlos Huete Mejías, O.M.I. (29-10-2013).

ADSCRITOS:

A Virgen del Coro: D. Patrick-Alain Brou, de la Diócesis de Yopougon (Costa de Marfil) (3-10-2013).

A San Cristóbal de Ciudad Pegaso: D. Francisco Antonio Contreras García (3-10-2013).

A Santos Justo y Pastor: D. Bernardo López Díaz, de la Diócesis de Córdoba (3-10-2013).

A Doce Apóstoles: D. Julio Sagredo Viña (8-10-2013).

A San Valentín y San Casimiro: D. Gustave Awondou Ndi, de la Diócesis de Doume-Abongmbang (8-10-2013).

A San Andrés de Villaverde: D. Georges Kabasele Bialua, de la Archidiócesis de Kananga (Congo) (8-10-2013).

A Santa Inés: D. André Mukinayi Muamba (8-10-2013).

A San Jaime: D. Benjamin Ngbebeda, de la Diócesis de Bangassou (República Centroafricana) (8-10-2013).

A María Madre del Amor Hermoso: D. Milton Altúzar Martínez, de la Archidiócesis Santísima Asunción (Paraguay) (8-10-2013).

A San Miguel de Chamartín: P. Jorge Varghese Chittuparambil, O de C. (15-10-2013).

A Santos Inocentes: D. Antonio Martínez Racionero (15-10-2013).

A San León Magno: D. Jesús Delgado Rodríguez (15-10-2013).

A Asunción de Nuestra Señora de Aravaca: D. Ignacio Oriol Muñoz (15-10-2013).

A Concepción de Nuestra Señora: D. Joaquín Félez Legua (29-10-2013)

A Nuestra Señora de los Álamos: D. Jorge Gregorio Medina Peñaranda (29-10-2013).

A San Ramón Nonato: D. José Gregorio Belandria Guerrero (29-10-2013).

A San Pedro Advíncula y San Timoteo: D. Teophile Niyonsenga (29-10-2013).

OTROS OFICIOS

Capellán del Colegio Everest, de Pozuelo de Alarcón: P. Ángel Amo Arturo, L.C., P. Jacobo Portillo Muñoz, L.C., y P. Manuel Jesús Fernández Vallejo, L.C. (3-10-2013).

Consiliario Diocesano de Manos Unidas: D. José Juan Fresnillo Ahijón (8-10-2013).

Coordinador de Pastoral de Infancia y Juventud de la Vicaría V: D. Pedro Sabe Andreu (8-10-2013).

Capellán de la Residencia San José: D. Gaetan Pilly Ngouembe, de la Diócesis de D'Owando (Congo) (8-10-2013).

Capellán de la Residencia San Joaquín y Santa Ana: D. Gaetan Pilly Ngouembe, de la Diócesis de D'Owando (Congo) (8-10-2013).

Capellán del Colegio Sagrada Familia: D. Juan Carlos Antona Gacituaga (8-10-2013).

Capellán de FASTA: D. Antonio Doñoro González (8-10-2013).

Capellán de la Escuela Técnica Superior de Ingeniero de Montes y Forestales: D. Yabet Valentín Echarry Sequeiros. (15-10-2013).

Capellán de las Cistercienses Calatravas de Moralarzal: D. Arturo Miguel Peluffo, por un año (15-10-2013).

DEFUNCIONES

El 5 de octubre de 2013 falleció D. VICTORIO MORATA DE LA TORRE, padre de D. Victorio Morata Sánchez, empleado del Arzobispado.

El 7 de octubre de 2013 falleció, D. FERNANDO VALADÉS CABELLO DE ALBA, hermano de D. Manuel Valadés, empleado del Arzobispado en la Curia y actualmente en la Universidad Eclesiástica San Dámaso.

El 7 de octubre de 2013 falleció el Rvdo. Sr. D. ALEJANDRO GALLEGOCALVO, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Gumiel de Hizán (Burgos) el 24-11-1926. Ordenado en Burgo de osma el 19-6-1950. Incardinado en Madrid el 31-7-1996. Vicario parroquial de San Germán (2-11-1987 a 1-5-2003). Adscrito a Santa Teresa Benedicta de la Cruz (1-5-2003). Estaba jubilado.

El 18 de octubre de 2013 falleció MARÍA LUISA HERNÁNDEZ ARCEDIANO, hermana del sacerdote Víctor Hernández Arcediano.

El 25 de octubre de 2013 falleció el M.I. Sr. D. JOSÉ LUIS IRIZAR ARTIACH, canónigo de la S.I. Catedral de Madrid Santa María de la Almudena. Nació en Bilbao el 13 de marzo de 1931 y fue ordenado sacerdote el 13 de septiembre de 1954.

D. JULIÁN ORTEGA BEDOYA falleció el 30 de octubre de 2013. Nació en Guadalajara el 8 de agosto de 1938 y fue ordenado en Madrid el 23 de mayo de 1964. Ha sido ecónomo de Navacerrada. Coadjutor y ecónomo de Nuestra Señora de Moratalaz. Capellán del Colegio B. Virgen María. Irlandesas. Secretario de la Vicaría Episcopal Nordeste. Coadjutor y ecónomo de San Agustín. Era capellán del Colegio Maravillas.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ORDENES

El día 19 de octubre de 2013, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Juan Antonio Martínez Camino, S.J., Obispo Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Leandro, de Madrid, el Sagrado Orden del Diaconado al religioso Carlos Huete Mejías, O.M.I.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. OCTUBRE 2013

Días 1 y 2: Comisión Permanente de la CEE

Día 6: Misa con motivo del 50 aniversario de la Parroquia de los Santos Felipe y Santiago

Día 7: Misa de apertura de la Visita Pastoral a la Vicaría IV, en la Parroquia de Nuestra Señora de la Misericordia

Día 8: Consejo Episcopal

Bendición del altar de la Parroquia de San Germán

Día 9: Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría II

Visita al Seminario Redemptoris Mater

Día 10: Comité Ejecutivo de la CEE

Misa en la Catedral con las Siervas de María Ministras de los Enfermos

Día 11: Comisión Permanente del Consejo Presbiteral

Colocación de la primera piedra y Misa en la Parroquia de San Hilario de Poitiers

Días 12-13: Beatificaciones en Tarragona

Día 15: Consejo Episcopal

Misa en la festividad de Santa Teresa en la Parroquia de los PP. Carmelitas de Plaza de España

Día 16: Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría III
 Pregón del Domund en la Catedral

Día 17: Congreso de Cine organizado por SIGNIS en la Universidad Eclesiástica San Dámaso

Día 18: Conferencia en el Foro de Opinión Nuevo Siglo, de Valladolid

Día 19: Toma de posesión de Gregorio Roldán como párroco de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, de Aravaca

Día 20: Misa en Sevilla con motivo del aniversario de la Coronación Canónica de la Esperanza Macarena

Día 22: Consejo Episcopal
 Jubileo de los Universitarios en la Catedral, en el Año de la Fe

Día 23: Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría IV

Día 24: Acto Académico en la Facultad de Derecho de la Universidad San Dámaso
 Misa funeral por el sacerdote Martín José Sanz de Larra, Capellán del Hospital Niño Jesús

Días 25, 26 y 27: Peregrinación con las familias de la diócesis a Roma, en el Año de la Fe

Día 28: Misa de acción de gracias por la beatificación de los Mártires Redentoristas. En la parroquia del Perpetuo Socorro.

Día 29: Consejo Episcopal
 Bendición de la hornacina y colocación de la imagen de la Virgen de la Almudena en la Cuesta de la Vega

Día 30: Encuentro con Sacerdotes de la Vicaría V

Día 31: Misa en la Catedral de Córdoba con motivo del Congreso Internacional sobre San Osio.



CANCILLERÍA-SECRETARÍA

**ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO.
OCTUBRE 2013**

1 Martes

Santa Teresa del Niño Jesús, virgen y doctora

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

2 Miércoles

Santos Ángeles Custodios, Patronos de la Policía Nacional

* A las 10:30 h. en Catedral-Magistral preside la Santa Misa de los Santos Ángeles Custodios, Patronos de la Policía Nacional; asistieron el Sr. Ministro del Interior, miembros del Cuerpo Nacional de Policía y autoridades civiles y militares. A continuación el señor Obispo, miembros del Cuerpo Nacional de Policía y autoridades se trasladaron al Patio de Armas de la Fortaleza-Palacio Arzobispal, donde a las 12:00 horas se inició el acto en el que, ante la imagen del Santo Ángel Custodio, Patrono del Cuerpo Nacional de Policía, tuvo lugar una oración por los caídos en acto de servicio; momentos antes se había procedido a la imposición de condecoraciones al mérito policial. Asistieron SS.AA.RR. los Príncipes de Asturias que, previamente, habían saludado al señor

Obispo como anfitrión del acto; también participaron el Sr. Ministro del Interior y otras autoridades civiles y militares.

* A las 19:30 h. en la parroquia de Santiago Apóstol de Alcalá de Henares
Misa funeral por el padre del Rvdo. Santiago Olmeda Sánchez.

3 Jueves

San Francisco de Borja, presbítero

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

4 Viernes

San Francisco de Asís

* Por la tarde preside las Jornadas de Familia y Vida en Guadarrama, organizadas por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida.

5 Sábado

TÉMPORAS DE ACCIÓN DE GRACIAS Y PETICIÓN

* Preside las Jornadas de Familia y Vida en Guadarrama, organizadas por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida.

6 Domingo

XXVII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* Preside las Jornadas de Familia y Vida en Guadarrama, organizadas por la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida.

7 Lunes

Ntra. Sra. del Rosario

8 Martes

Santa Pelagia, virgen y mártir

* A las 10:30 h. Consejo Presbiteral.

* A las 18:00 h. visita en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. Eucaristía con el Seminario Mayor Diocesano “La Inmaculada y de los Santos Justo y Pastor”.

9 Miércoles

San Dionisio, obispo y compañeros mártires y San Juan Leonardi, presbítero

10 Jueves

Santo Tomás de Villanueva, obispo

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

11 Viernes

Santa Soledad Torres Acosta, virgen

* A las 12:00 h. visitas en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en la parroquia de San Juan de Ávila de Alcalá de Henares,
Misa funeral por el padre del Mons. Pedro Luis Mielgo Torres.

* A las 21:00 h. Vigilia de Oración con Familias en la Capilla de la Inmaculada del Palacio Arzobispal.

12 Sábado

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR, PATRONA DE LA HISPANIDAD y Patrona de la Guardia Civil

* Por la tarde en Tarragona con ocasión de la beatificación de 522 mártires del siglo XX:

- A las 19:00 horas: Solemnes Vísperas en la Santa Iglesia Catedral.

- A las 22:00 horas en Tarraco Arena Plaza asiste a la representación de la Pasión de San Fructuoso y de los mártires del siglo XX.

13 Domingo

XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Dedicación de la Santa e Insigne Catedral-Magistral.

* A las 12:00 horas en Tarragona (Complejo Educativo ? antigua Universidad Laboral ?) concelebra en la Santa Misa de beatificación de 522 mártires del siglo XX.

14 Lunes

San Calixto I, papa y mártir

* Formación permanente del clero.

15 Martes

SANTA TERESA DE JESÚS, virgen y doctora

* Formación permanente del clero.

* A las 20:00 h. Santa Misa de inauguración de la parroquia de Santa Teresa de Jesús de La Garena (Alcalá de Henares).

16 Miércoles

Santa Eduvigis, religiosa y Santa Margarita María de Alacoque, virgen.

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

* A las 19:00 h. en la Universidad Francisco de Vitoria presentación del libro “En defensa de la vida humana” de María Lacalle Noriega (Materiales para la Campaña por la Vida 2013, de la Conferencia Episcopal Española).

17 Jueves

San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:00 h. en el Salón de Actos del Palacio Arzobispal *Civitas Dei* Aula Cultural Cardenal Cisneros. Conferencia: «La encíclica *Lumen fidei*. De Benedicto XVI al Papa Francisco». Interviene: D. José Luis Restán, Director Editorial de COPE.

18 Viernes

San Lucas, evangelista

* A las 10:30 h. en el teatro Cervantes de Alcalá de Henares preside la inauguración del Congreso Nacional de Belenistas.

* A las 13:30 h. asiste a la inauguración de la restauración de la “Manzana fundacional cisneriana”, en donde se encuentra, particularmente, la Capilla de San Ildefonso de la Universidad de Alcalá de Henares.

19 Sábado

San Pedro de Alcántara, presbítero, San Juan de Brébeuf y San Isaac Jogues, presbítero y compañeros, mártires y San Pablo de la Cruz, presbítero.

* A las 11:00 h. Santa Misa en el Patronato San José (Mercedarias) con ocasión de los 100 años del comienzo de la misión en Alcalá de Henares.

* A las 17:00 h. en el Palacio Arzobispal reunión con presidentes de Asociaciones Belenistas de España.

20 Domingo

XXIX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

“Jornada Mundial y colecta por la evangelización de los pueblos” (pontificia: O.M.P.)

* A las 10:00 h. Santa Misa en la Catedral-Magistral de clausura del Congreso Nacional de Belenistas en Alcalá de Henares

21 Lunes

* A las 20:00 h. en la Escuela de Música de Algete presenta, para todo el Arciprestazgo, su Carta Pastoral «*La esperanza no defrauda*».

22 Martes

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 20:30 h. en la parroquia de Santiago Apóstol de Torrejón de Ardoz presenta, para todo el Arciprestazgo, su Carta Pastoral «*La esperanza no defrauda*».

24 Jueves

San Antonio María Claret, obispo

* Mañana y tarde, asiste en Roma (Casa *Domus Pacis*), invitado por el Pontificio Consejo para la Familia, al congreso «*Nuovi orizzonti antropologici e diritti della famiglia*»; al finalizar preside la Santa Misa en la casa de las religiosas *Suore del Preziosissimo Sangue* de Roma.

25 Viernes

Santos Crisanto y Daría, mártires

* Por la mañana, en el Palacio Apostólico en la Ciudad del Vaticano, es recibido en audiencia privada por el Santo Padre Francisco junto

con los asistentes al congreso «*Nuovi orizzonti antropologici e diritti della famiglia*».

* Por la tarde, en la casa de las religiosas *Suore del Preziosissimo Sangue* es entrevistado para la Agencia de Noticias Zenit; más tarde, en la Capilla de la misma casa, preside la Santa Misa.

26 Sábado

Santos Luciano y Marciano, mártires

* Peregrinación de las Familias a la Tumba de San Pedro con motivo del Año de la Fe: ¡FAMILIA, VIVE LA ALEGRÍA DE LA FE!:

- Por la mañana en la Basílica de *San Lorenzo in Dámaso* de Roma concelebra la Santa Misa presidida por S. Emcia. el Cardenal Antonio María Rouco, a la que asisten un numeroso grupo de peregrinos de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

- Por la tarde en la Plaza de San Pedro de la Ciudad del Vaticano asiste al «Encuentro con el Santo Padre y profesión de Fe».

27 Domingo

XXX DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

* Peregrinación de las Familias a la Tumba de San Pedro con motivo del Año de la Fe: ¡FAMILIA, VIVE LA ALEGRÍA DE LA FE!:

- Por la mañana, en la Plaza de San Pedro de la Ciudad del Vaticano, concelebra la Santa Misa presidida por el Santo Padre Francisco.

* Por la tarde visita la Casa Generalicia de los PP. Escolapios en Roma donde se conserva un hermoso cuadro de los Santos Niños Mártires Justo y Pastor, que evoca el tiempo en el que el fundador de la Orden, San José de Calasanz, vivió en Alcalá de Henares y estudió en la Universidad Cisneriana.

28 Lunes

SAN SIMÓN Y SAN JUDAS, APÓSTOLES

* Por la mañana preside la Santa Misa en una Capilla junto a la Sacristía de la Basílica de San Pedro en Roma; a continuación, en el interior de la Basílica, dedicó unos minutos a orar ante el sepulcro del Beato Juan Pablo II.

29 Martes

San Feliciano, mártir

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 18.30 h. en Cripta de Catedral-Magistral Santa Misa con Profesión de fe y Juramento de fidelidad de los futuros diáconos.

* A las 20:00 h. en la parroquia de Santa María de Alcalá de Henares presenta, para todo el Arciprestazgo, su Carta Pastoral «*La esperanza no defrauda*».

30 Miércoles

* A las 11:00 h. Consejo Episcopal.

31 Jueves

* A las 9:45 h. en el Palacio Arzobispal entrevista con Intereconomía TV.

* A las 10:30 h. visitas de sacerdotes en el Palacio Arzobispal.

* A las 19:30 h. en la Catedral-Magistral Santa Misa de la Solemnidad de Todos los Santos y a continuación Adoración Eucarística y envío de misioneros (*Holywins*).

DECRETO DE ERECCIÓN CANÓNICA DE LA
PARROQUIA DE SANTA TERESA DE JESÚS,
EN ALCALÁ DE HENARES DESMEMBRADA
DE LAS PARROQUIAS DE SAN PEDRO,
SANTO ÁNGEL Y SAN JUAN DE ÁVILA

JUAN ANTONIO REIG PLA

*Por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Obispo de Alcalá de Henares*

El incremento de población que ha experimentado la Zona Norte de Alcalá de Henares, más el que se prevé a corto plazo, aconseja la erección canónica de una nueva Parroquia para la mejor atención pastoral en dicha zona, desmembrándose de las Parroquias de San Pedro, Santo Ángel y San Juan de Ávila.

Recabados los informes de los Sres. Curas Párrocos de las Parroquias afectadas, de los sacerdotes del Equipo Arciprestal de Alcalá Norte y de su Arcipreste y, oído, el Consejo Presbiteral, cuyo parecer ha sido favorable; teniendo en cuenta el canon 515 & 2,

Por las presentes,

DECRETO

LA ERECCIÓN CANÓNICA DE UNA NUEVA PARROQUIA EN ALCALÁ DE HENARES, CON EL TÍTULO "SANTA TERESA DE JESÚS", cuyos límites se fijan de la siguiente forma:

"NORTE: Autovía Madrid-Barcelona.

SUR: Ferrocarril.

ESTE: Carretera de Ajalvir, Cl. Federico Chueca y Avd. Camarmilla.

OESTE: Término municipal de Torrejón de Ardoz".

Publíquese este Decreto en el Boletín de la Provincia Eclesiástica y en el "Tablón de Anuncios" de las Parroquias afectadas que entrará en vigor el día quince de octubre de dos mil trece, Festividad de Santa Teresa de Jesús.

Dado en Alcalá de Henares a quince de octubre, de dos mil trece, Festividad de Santa Teresa de Jesús.

† Juan Antonio Reig Pla,
Obispo Complutense

Por mandato de S. Excia. Rvdma.
José María Sánchez de Lamadrid Camps
Canciller-Secretario General

NOMBRAMIENTOS

Párrocos

- Rvdo. D. Antimo Nguema Mbang, Parroquia de Ntra. Sra., de Arbuel, de Villamanrique de Tajo. 10/10/2013

Administrador Parroquial

- Rvdo. D. Daniel García Miranda 15/09/2013, Parroquia de Santa Teresa, de Alcalá de Henares. 15/10/2013

Otros nombramientos

- Rvdo. D. José- Javier Camacho López, Arcipreste de Villarejo de Salvanes. 30/10/2013.



CESES

- Rvdo. D. Antonio-Manuel González Salvador, Párroco de la Parroquia de Ntra. Sra., de Arbuel, de Villamanrique de Tajo.
- Rvdo. D. Antimo Nguema Mbang, Coadjutor de San Diego de Alcalá de Henares.
- Rvdo. D. José-María Pérez Pablo, Arcipreste de Villarejo de Salvanes.

HOMILÍA DE D. JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR,
OBISPO DE GETAFE, CON MOTIVO DE LAS
ORDENACIONES DE PRESBITEROS Y DIÁCONOS,
CELEBRADAS EL 12 DE OCTUBRE DE 2013, EN EL
SANTUARIO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,
DEL CERRO DE LOS ÁNGELES

Querido hermano en el episcopado, D. José, queridos sacerdotes, queridos seminaristas, consagrados y consagradas, queridos hermanos y hermanas. Saludo con mucho afecto a los padres y familiares de los que hoy van a recibir el sagrado orden del diaconado y del presbiterado.

“Ya no os llamo siervos (...) a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”. Durante la última Cena, Jesús dirige estas palabras a los apóstoles, al instituir el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, a la vez que les encargaba: “Haced esto en conmemoración mía”.

Estas palabras de Jesús, van dirigidas hoy a vosotros, queridos ordenandos, de una manera especial, Son palabras íntimamente relacionadas con la vocación sacerdotal. Cristo hace sacerdotes a los apóstoles, confiando en sus manos el Sacra-

mento de su Cuerpo y de su Sangre: ese Cuerpo que será ofrecido en la cruz, esa Sangre, que será derramada, constituye la memoria del sacrificio de la cruz de Cristo.

Y en este contexto tan solemne y, a la vez, tan íntimo, Jesús llama a los apóstoles, amigos: “a vosotros os llamo amigos”. Y les llama amigos porque les está entregando su Cuerpo y su Sangre. Está poniendo en las manos de los apóstoles su misma vida. Jesús, les está diciendo que quiere vivir en ellos, que quiere hacerse vida para el mundo en ellos, que quiere que el mundo reconozca la presencia de Cristo en ellos. A partir de aquel momento, realizando sacramentalmente este sacrificio eucarístico, los apóstoles van a empezar a actuar en su nombre, van a representarle personalmente, van a actuar *in persona Christi*.

En esto consiste la grandeza del sacerdocio ministerial que hoy, los que vais a ser ordenados presbíteros, vais a recibir. Es este un día muy importante en vuestra vida y en la vida de la Iglesia y en nuestra Diócesis.

La liturgia de hoy en la ordenación de los diáconos, pero sobre todo en la ordenación de los presbíteros, manifiesta de modo muy profundo la verdad sobre la vocación sacerdotal. Quiero destacar cuatro aspectos importantes de la vocación sacerdotal:

1.- En primer lugar: la vocación sacerdotal es ante todo una **iniciativa de Dios**. Dios llama continuamente al sacerdocio, como anteriormente había llamado al profeta Jeremías. Es muy impresionante la descripción que Jeremías hace de esta llamada. “Antes de haberte formado yo en el seno materno te conocía”. El “conocer” de Dios es una elección, es una llamada a participar en su plan de salvación sobre los hombres. A la luz del misterio de la encarnación esta elección, y esta llamada, hay que verlas íntimamente relacionadas con el sacerdocio de Cristo. Es una llamada a participar en el sacerdocio de Cristo.

2.- En segundo lugar: en la vocación sacerdotal, junto a esa elección fruto de una iniciativa divina, junto a esta llamada, viene la **consagración**. “Antes de que nacieses te tenía consagrado”. La consagración a Dios significa dedicación plena a Él, significa dedicación total de la vida a una misión, bajo la acción del Espíritu Santo que unge y envía.

Por la ordenación sagrada el sacerdote participa de la unción y misión de Cristo Sacerdote y Buen Pastor, “ungido y enviado por el Espíritu Santo para anun-

ciar a los pobres la Buena Nueva” (Lc 4,18). Lo que se produce en el sacerdote, en virtud de la ordenación sacerdotal, es una verdadera expropiación. El sacerdote, con la gracia del Espíritu Santo, deja de pertenecerse a sí mismo, para pertenecer sólo a Dios; y llegar a reproducir en él la experiencia de san Pablo: “ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20).

Queridos ordenandos: si la vocación sacerdotal es un don tan grande para la Iglesia, ello quiere decir que ya no os pertenecéis a vosotros mismos, sino que sois propiedad de Cristo que vive en la Iglesia y que os espera en los múltiples campos del apostolado.

3.- En tercer lugar, podemos decir que el compromiso del sacerdocio, porque supone una pertenencia plena y exclusiva al Señor, lleva el **sello de lo eterno**. Sois consagrados para siempre. No es una decisión sujeta al vaivén del tiempo ni a las vicisitudes de la vida. Ni puede fundarse en sentimientos o emociones pasajeras. Implica, como el verdadero amor la permanencia de la fidelidad. Sois llamados a estar siempre con el Señor, a perpetuar día a día su amistad para moldearos en su Corazón. Sólo a la luz del amor del Corazón de Cristo comprenderéis y viviréis las exigencias evangélicas del sacerdocio ministerial. Vuestra juventud la habéis de poner plenamente, sin reservas, al servicio de Cristo para convertirlos en instrumentos de salvación en todo el mundo.

4.- Y, en cuarto lugar, esta elección del Señor va siempre acompañada de una **presencia** suya, que nos llena de paz y nos ayuda a **superar todos los temores**. Es una presencia que nos capacita para realizar la misión que nos confía. Cuando pensamos en una entrega tan plena, surge siempre en nosotros el temor de no ser capaces de ello. Pero el Señor responde a nuestros miedos diciéndonos con las palabras del profeta Jeremías. “No les tengas miedo”. No te dejes invadir por dudas y desalientos. “yo estoy contigo”. La debilidad humana, que Dios conoce, no es obstáculo para cumplir la misión que el Señor te confía. Si, con humildad, sabes reconocer tu fragilidad y te sabes poner confiadamente en sus manos, experimentarás continuamente en tu vida, con asombro, la fortaleza que viene de Dios.

Cuando reconocemos la propia debilidad es cuando somos fuertes (cf. 2, Cor 12,10). “Muy a gusto presumo de mis debilidades - nos dice el apóstol san Pablo – porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de mis debilidades. (...) Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.” (2 Co 12,9-10).

Jesús resucitado, ante las dudas de los apóstoles les dice: “¿Por qué os alarmáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo en persona” (Lc 24,36). “Yo estaré con vosotros” (Mt. 28,30”. “A dondequiera que yo te envíe irás” (Jr 1,7) “Mira, he puesto mis palabras en tu boca” (Jr 1,9). Son palabras de vida eterna” (Jn 6,68).

Podemos tener miedo a la debilidad humana; pero nunca hemos de tener miedo a la llamada que viene de Dios. La llamada que viene de Dios indica siempre un camino maravilloso. Es una llamada que nos invita a participar en las grandes cosas de Dios. Es un camino que nos introduce en la intimidad de Dios, para ser testigos de su amor entre los hombres. “Vosotros sois mis amigos”. Somos los amigos del Señor.

La segunda lectura, de la carta a los Efesios, se refiere a nuestro modo de vivir. No podemos vivir de cualquier manera. No podemos acomodarnos a los usos de este mundo que pasa. El apóstol nos invita a un modo de vivir que favorezca y refleje la vocación a la que hemos sido llamados. Los que, por la misericordia de Dios hemos tenido la dicha de haber sido llamados a una misión tan grande y tan bella hemos de estar muy atentos a las palabras del apóstol: “Yo, el prisionero por el Señor; os ruego que andéis como pide la vocación a la que hemos sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener al unidad del Espíritu con el vínculo de la paz.” (Ef 4,1-7).

Queridos ordenandos: tenéis que **estar a la altura de la vocación** a la que habéis sido llamados. Pensad, en todo momento, que el camino hacia la santidad sacerdotal y el apostolado es un camino de pobreza interior, de desprendimiento, de humildad y de confianza en el Señor. Esta actitud de humildad, que, en el fondo, es una actitud de autenticidad y de verdad, os hará reconocer con gozo que la vocación sacerdotal es un don del Corazón de Cristo y una opción que llega a lo más profundo de vuestro ser.

San Juan de Ávila exhortaba con vehemencia a los sacerdotes a identificarse con Cristo, no sólo en el sacrificio eucarístico, sino en toda su vida. “El sacerdote, que en el consagrar y en los vestidos sacerdotales representa al Señor en su pasión y en su muerte, que le representa también en la mansedumbre con que padeció, en la obediencia, aun hasta la muerte de cruz; en la limpieza de la castidad, en la profundidad de la humildad, en el fuego de la caridad que haga al sacerdote rogar

por todos con entrañables gemidos y de ofrecerse a sí mismo a pasión y muerte por el remedio de ellos, si el Señor le quisiere aceptar” (Tratado del sacerdocio, n.26) El apóstol san Pablo, en su carta a los Efesios, nos invita también a **ser vínculo de unidad** en la Iglesia. “Un sólo cuerpo y un solo Espíritu como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados” (Ef 4. 7-13). Si bien es verdad que la gracia del sacerdocio es un don que Dios os hace a cada uno de vosotros, esta gracia es, sobre todo, un don para la Iglesia. Es un don, no para vosotros, sino para la Iglesia. Lo que vais a recibir no es para vosotros, para que lo guardéis y disfrutéis vosotros; es un don que está al servicio de la Iglesia.

Y en la Iglesia, como nos enseña el mismo apóstol, existen dones diferentes: “A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia según la medida del don de Cristo” (Ef 4,7). Todos los diversos dones y carismas forman parte esencial e irrepetible del don de Cristo. Todas las gracias y ministerios sirven conjuntamente para “edificar el cuerpo de Cristo”. Entre todos estos dones, el sacerdocio tiene una especial importancia.

El carisma del sacerdocio es el carisma de la unidad; es el carisma integrador de todos los carismas; es el carisma que, por participar de modo singular en el sacerdocio de Cristo, acoge todos los carismas, como dones del Espíritu, y los orienta hacia la edificación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. El carisma del sacerdocio es el carisma de la comunión.

La diversidad y la peculiaridad de los dones hay que reconocerla, amarla y vivirla, precisamente, para construir el único Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, animada por un único Espíritu. En la medida en que améis gozosamente vuestro sacerdocio, os sentiréis llamados a apreciar, respetar, suscitar y cultivar todos los carismas de la comunidad eclesial, para construir el Cuerpo de Cristo hasta la perfección y la plenitud. La identidad sacerdotal es una realidad gozosa que se experimenta especialmente cuando amamos el don recibido para servir mejor a los demás con la actitud de “dar la vida” como el Buen Pastor.

Este corazón de pastor, este amor a la Iglesia, esta acogida de todos los carismas que la enriquecen, despertará constantemente en vosotros el **ardor misionero** y os hará sentir cada día, con mayor anhelo, el deseo ardiente de Cristo de llegar a todos aquellos que no han tenido la dicha de conocer al Señor. “También tengo otras ovejas que no son de este redil” (Jn 10,16). Es la llamada del Señor a la Misión: “id al mundo entero y predicad el evangelio a toda criatura” (Mc 16,15).

Id a los que están lejos. Id a tantos hijos pródigos, que después de malgastar los dones de Dios, viven en tierra extranjera, muriéndose de hambre: hambre de amor y hambre de verdad.

Concluyo invitándoos, queridos ordenandos, a tener muy grabada en vuestro corazón la parábola de Buen Samaritano. Esta parábola será el referente bíblico para la Gran Misión que estamos preparando. Cristo es el verdadero buen samaritano que nos llama a salir a los caminos del mundo para buscar a los hombres heridos por el pecado. Cristo es el verdadero prójimo del hombre caído, es el Bendito que viene en el nombre del Señor, el Dios con nosotros, el Dios que estará con nosotros hasta el fin del mundo, el Buen Pastor que busca la oveja perdida.

El despojo que supone esta apertura del Señor, esta cercanía, este dejarse tocar por la gente que lo reclama y lo va como “deshilachando”, sacándole gracia tras gracia, es un despojo total que culminará en la Cruz.

Los sacerdotes hemos de hacer sacramentalmente presente entre los hombres a Cristo, buen samaritano; y, lo mismo que Él, identificados con Él, hemos de tener bien abiertos los ojos del corazón para ver, para conmovernos y para acercarnos a tantos hermanos nuestros que viven sin fe, sin esperanza, sin ilusión, solos y abatidos, intentando llenar su sed de felicidad con alimentos que no sacian. No estemos siempre esperando a que estos hombres, alejados de la fe, vengan a nosotros; acerquémonos nosotros a ellos, como el buen samaritano. Tomemos nosotros la iniciativa. Esa es la Misión a lo que os invito, a vosotros y a toda la diócesis.

Os invito a acercaros a todos los que viven abatidos. Para que, como el buen samaritano, curéis sus heridas. Y después de curar sus heridas, en un diálogo lleno de respeto y de amor, los traigáis a la posada, que es la Iglesia, para cuidarles y sanarles con la Palabra de Cristo y con los sacramentos de la salvación.

Queridos ordenandos, queridos sacerdotes, queridos seminaristas, el Señor nos llama a compartir con Él esta búsqueda, este despojo total de nosotros mismos y esta cruz, fuente de vida. Démosle gracias por haber puesto su mirada en nosotros.

Y que la Virgen María, Madre del Señor, en esta fiesta de Nuestra Señora del Pilar, interceda por nosotros.

En este momento tan solemne, miremos a María, Madre amorosa de los sacerdotes, y pidámosle que nos enseñe a amar a Jesús, como Ella lo amó, y nos enseñe a mirar el mundo con una mirada apostólica, con la mirada de Jesús, buen samaritano.

Madre de la Iglesia, madre de los sacerdotes, ruega por nosotros.

† Joaquín María López de Andújar
Obispo de Getafe

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARIO PARROQUIAL

D. Julio Enrique Meheme Massoko, de San Juan de Ávila, Móstoles, el 1 de septiembre de 2013.

D. Baudilio Montoya Valenzuela, de San Juan de Mata, en Alcorcón, el 1 de octubre de 2013.

DEFUNCIONES

Montserrat de Palau Artigas, Hermana de la Congregación de la Sagrada Familia de Burdeos, falleció en Pinto el 28 de septiembre de 2013, a los 99 años y 78 años de vida consagrada.

Sor Rosario Madrid del Amo, Concepcionista Franciscana, falleció el 2 de octubre, Fiesta de los Santos Ángeles Custodios, en el Monasterio de San Pascual, en Aranjuez, a los 89 años y 63 de vida consagrada.

D. Francisco Moriel Perea, falleció en Barakaldo el 7 de octubre de 2013, en la Fiesta de Nuestra Señora del Rosario, a los 81 años de edad. Tenía 2 hijos; uno, el sacerdote José Antonio Moriel.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.



DECLARACIÓN CONJUNTA DEL XXII ENCUENTRO INTERNACIONAL CATÓLICO-JUDÍO

Miércoles, 16 de Octubre de 2013

Madrid 13-16 de octubre de 2013

Bajo el lema «Desafíos para la Religión en la Sociedad Contemporánea» representantes oficiales de la Iglesia Católica y el mundo judío han estado debatiendo durante cuatro días en Madrid los principales asuntos que conciernen y preocupan a ambas confesiones.

Las conclusiones se han recogido en una declaración conjunta:

Herencia Común

Judíos y cristianos compartimos la herencia bíblica que explica la relación entre Dios y los hombres. Basándonos en esta historia sagrada, judíos y católicos

nos reunimos para debatir las oportunidades y dificultades a las que se enfrentan las creencias religiosas en el mundo de hoy.

Casi hace 50 años el Concilio Vaticano II promulgó la Declaración *Nostra aetate*, encaminando a la Iglesia Católica hacia una nueva senda en su relación con el pueblo judío. Uno de los frutos más importantes fue el establecimiento del International Liaison Committee (ILC) como el instrumento formal para vehicular las relaciones entre la Santa Sede y la comunidad judía internacional. La discusión abierta en un espíritu de mutua confianza y respeto ha caracterizado nuestro encuentro en Madrid y abunda en el progreso conseguido en enseñar e implementar los principios y enseñanzas de la Declaración conciliar. En este vigésimo segundo encuentro nos reafirmamos en la singular relación entre católicos y judíos basada en un legado espiritual común y en una responsabilidad compartida en la defensa de la dignidad humana.

Como católicos y judíos abogamos por un mundo en el que los derechos humanos sean reconocidos y respetados y todos los pueblos puedan florecer en paz y libertad. Estamos comprometidos a fortalecer nuestra colaboración para lograr una más equitativa distribución de las riquezas y los beneficios derivados de los avances de la ciencia, medicina, educación y desarrollo económico. Nuestra unión busca una mejora del mundo de forma que refleje la visión bíblica original: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y todo era bueno» (Génesis. 1:31)

Se han discutido y examinado en pequeños grupos el aumento del antisemitismo, el incremento de la persecución de los cristianos en varias partes del mundo y la amenaza a la libertad religiosa en muchas sociedades. A la luz de nuestros ideales religiosos compartidos hemos examinado las dificultades a las que nuestras tradiciones religiosas se enfrentan hoy en día: violencia, terrorismo, extremismo, discriminación y pobreza. Nos entristece profundamente que se tome el nombre de Dios en vano.

Libertad Religiosa

Animados por la preocupación expresada por el Papa Francisco acerca del bienestar universal de todos, especialmente de los pobres y oprimidos, compartimos la creencia de que cada individuo ha sido dotado por Dios de dignidad. Esto requiere que cada persona pueda expresar su libertad de conciencia y religión de

manera individual e institucional, privada y pública. Deploramos la manipulación política de la religión. Judíos y Católicos condenamos la persecución por motivos religiosos.

Hacemos un llamamiento a los líderes políticos y religiosos y a las instituciones para que aseguren la integridad física y la protección legal de todos aquellos que ejerciten su derecho fundamental a la libertad religiosa, que protejan el derecho de los individuos a cambiar o abandonar sus creencias religiosas, a educar a sus hijos de acuerdo a sus creencias, incluyendo el sacrificio ritual de animales, la circuncisión y poder mostrar símbolos religiosos en lugares públicos.

Persecución de los cristianos

ILC recomienda a la Comisión del Vaticano para las Relaciones Religiosas con los Judíos y el IJCIC trabajar juntos contra la persecución de las minoría cristianas allí donde se lleven a cabo, de alertar sobre estos problemas y apoyar los esfuerzos que garanticen que todo ciudadano tenga plenos derechos independientemente de su identidad étnica o religiosa, en Oriente Medio y en cualquier otra parte. Especialmente respecto a la minoría cristiana y a la comunidad judía en Oriente Medio.

El aumento del Antisemitismo

Como el Papa Francisco ha dicho repetidamente, «un cristiano no puede ser antisemita». Exhortamos a todos los líderes religiosos a que se opongan firmemente a este pecado. La celebración del 50 aniversario de Nostra aetate en 2015 supondrá un momento privilegiado para reafirmarnos en la condena del antisemitismo. Urgimos a que las enseñanzas antisemitas desaparezcan de libros de texto y discursos en todo el mundo. De igual manera cualquier expresión anti cristiana es igualmente inaceptable.

Educación

Recomendamos que todos los seminarios judíos y católicos incluyan programas educativos sobre la Nostra aetate y los documentos posteriores de la Santa

Sede que implementan esta Declaración. Las nuevas generaciones de líderes católicos y judíos reconocemos lo mucho que Nostra aetate ha contribuido a cambiar y mejorar las relaciones entre judíos y católicos. Es imperativo que las nuevas generaciones abracen estas enseñanzas y aseguren que lleguen a todos los rincones de la Tierra.

Frente a estos desafíos, judíos y católicos renovamos nuestro compromiso para educar a nuestras respectivas comunidades en el conocimiento y respeto del otro. Acordamos cooperar para mejorar las vidas de los que viven en los márgenes de la sociedad: los pobres, los enfermos, los refugiados, las víctimas del tráfico humano y proteger la creación de Dios de los peligros del cambio climático. No podemos hacer esto solos. Hacemos un llamamiento a todos aquellos en posiciones de autoridad e influencia para que se nos unan en la causa del bien común, de forma que todos podamos vivir en dignidad y seguridad, y la justicia y la paz prevalezcan.

HOMILÍA EN LAS SOLEMNES VÍSPERAS DEL SÁBADO 12 DE OCTUBRE

Sábado, 12 Octubre 2013 19:00, Jaume Pujol Balcells

Catedral de Tarragona

Celebramos las primeras Vísperas del Domingo. Y el domingo, dice San Jerónimo, es «el día de la resurrección, el día de los cristianos, nuestro día»[1]. El Señor en el atardecer del viernes santo murió con los salmos de su pueblo en los labios e introdujo «en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. El mismo une a sí la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza (Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium, n. 83). Ofrezcamos con gozo el sacrificio vespertino, unidos al Señor Jesús.

El diumenge resplendeix més que no pas els altres dies, però aquest diumenge la glòria del Senyor resplendeix d'una manera especial en els seus màrtirs. Ells ennobleixen les santes Esglésies del Senyor. Els màrtirs manifesten el poder de la

gràcia del Senyor i la presència de l'Esperit Sant, ja que ningú no pot dir que Jesús és el Senyor si no és per do de l'Esperit Sant (cf. 1Co 12,3). Ells són els testimonis del Senyor. I el seu martiri és «lloança i glòria de la gràcia» (Ef 1,6). Així van glori­ficar el Rei dels màrtirs, ja que ell [el Senyor] és la causa i el fonament del martiri cristià. Ell és «el testimoni fidel» (Ap 1,5). La seva vida i la seva mort són un pregó de Pasqua perquè «en el natalici dels sants, l'Església proclama el misteri pasqual en els sants que han sofert amb Crist i han estat glorificats amb ell» (Concili Vaticà II, Sacrosanctum Concilium, n. 104).

Esta Iglesia de Tarragona, ecclesia Pauli, sedes Fructuosi os recibe con afecto y alegría y os da a todos el ósculo de la paz y de la comunión.

Saludo en primer lugar al Sr. Cardenal Angelo Amato que mañana, en nombre del Santo Padre Francisco, proclamará la bienaventuranza de esta multitud tan grande de hermanos. Saludo a los señores cardenales, a mis hermanos obispos. También a vosotros queridos sacerdotes y diáconos. A vosotros queridos hermanos y hermanas religiosos, gozosos por la glorificación de vuestros hermanos y hermanas. A todo el pueblo santo de Dios que con alegría y gozo venera y celebra la gloria de los mártires. Paz a todos. Alegrémonos todo en el Señor y que el gesto del venerable y antiguo Lucernario sea elocuente: ¡Lumen Christi cum pace! Irradiemos, hermanos y hermanas, esta luz portadora de la paz. La paz gozosa de los discípulos de Cristo, que el mismo nos ha regalado y que nada ni nadie nos puede quitar.

La glorificación de nuestros hermanos y hermanas, como escribí en mi carta pastoral, no se hace en contra de nadie ni tampoco a favor de nadie. Los mártires son del Señor, pertenecen a la victoria del Señor, no a la de los hombres. Son un anuncio de paz y de reconciliación. Es simplemente la Iglesia que retomando la tradición desde los primeros siglos no puede olvidar a aquellos que murieron por causa del Señor y del evangelio. Ellos escribieron el libro de la Verdad rubricado con sangre. Son los que siguieron al Señor imitándole. Como hemos escuchado en el cántico de estas vísperas: “Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo, para que sigamos sus huellas” (1P 2,2).

Cuando mañana nuestros mártires sean beatificados en la liturgia dominical nadie de nosotros experimentará ni un ápice de resentimiento hacia aquellos que los persiguieron. Ni tampoco la satisfacción de haber cumplido con un acto de justicia histórica, a la manera del mundo. ¿Como no vamos a perdonar si todos ellos murie-

ron, a imitación del Señor, con palabras de perdón en sus labios? El primer fruto, diría, la primera gracia de los nuevos mártires, será la gracia del perdón y de la reconciliación. El Señor redime siempre toda la historia y ellos, los mártires, redimían con su inmolación silenciosa, aquella historia de muerte, vergonzante. El Señor mira con compasión un bando y el otro, el Señor mira con compasión tanto los verdugos como los que murieron. La última mirada de los mártires fue ésta: una mirada que perdonaba. Sea ésta también nuestra mirada.

El martirio es la expresión más perfecta de la fe, de la esperanza y de la caridad. El mártir en su entrega total a Dios ama el Señor de la forma más intensa y posible, con un corazón entero y como lo único necesario. Experimenta y acepta humildemente su total impotencia y la necesidad absoluta de estar sostenido por la gracia, obedece hasta el fondo la voluntad de Dios y se deja libremente despojar de todo lo que poseía en la tierra, incluso de la propia vida, participando así de la extrema pobreza de Cristo en la cruz.

Evocamos, pues, con un inmenso amor y ternura las biografías de nuestros mártires. Todos eran hombres y mujeres de Dios, los cuáles in sanguine «lavaban sus vestidos en la sangre del Cordero». Primero a nuestros hermanos obispos de Lleida, Salvi Huix, el obispo de Jaén, Manuel Basulto y nuestro amado Manuel Borràs, obispo auxiliar de esta archidiócesis, y tantos hermanos sacerdotes que vivieron su martirio como la última eucaristía, ofrecida no en el sacramento, sino en su propia persona. De alguna manera se puede decir que ellos recibieron el martirio in persona Christi por la gracia que habían recibido en la ordenación sacerdotal.

También a nuestros hermanos religiosos y religiosas que llevaron a plenitud el propio carisma y rubricaron su acta de profesión con su propia sangre. Ellos proclaman hasta qué punto cada carisma de la vida religiosa puede ser vivido hasta el extremo de dar la vida.

También los siete laicos mártires, dignos representantes del pueblo santo del Señor. Como dice el prefacio de los santos: «al coronar sus méritos, coronas tu propia gloria».

És propi dels cristians deixar el passat; ells han estat glorificats i el meu antecessor en aquesta seu, el venerat cardenal Francesc d'Assís Vidal i Barraquer, des de l'exili, amb una tristesa i convicció profundes, escriu: «Em consola que a ells

no els va faltar la misericòrdia del Senyor.» Ells viuen en Crist i en la comunió dels sants intercedeixen per nosaltres, i «la seva mort fou un guany». A nosaltres ens toca viure el present, un present que per als cristians és sempre hora de gràcia.

Pongámonos en sintonía y obediencia con el Santo Padre Francisco. El de manera insistente nos dice que una Iglesia autorreferencial no es lo propio de la Iglesia del Señor. Ciertamente no es la Iglesia que glorifica a sus santos. ¡Es el Señor quien lo hace! Ni un atisbo de autoglorificación debe estar presente este domingo entre nosotros. Debemos ser Iglesia que participa en la misión y en la obediencia del Hijo que con la fuerza del Espíritu Santo sale de sí misma y quiere ser irradiación de la luz del Señor de la gloria, que destruye y desmascara todas las oscuridades del mundo. Y sale humildemente al encuentro de una sociedad donde los hombres necesitan del Amor más grande, donde los pobres deben ser amados y la Iglesia debe ser en medio de ella un canto a la vida, puesto que el cristianismo es una afirmación de Vida. Un anuncio del amor salvador, desde la convicción de que no hay ninguna existencia humana que no sea amada por Dios.

Y, por otra parte, nuestros mártires no se avergonzaron ni de su bautismo, ni de su condición sacerdotal ni de su consagración religiosa ni de ser cristianos, católicos. En un momento límite no escondieron ni renegaron de su condición. Pido al Señor, a través de la intercesión de nuestros mártires, que nuestros cristianos salgan de todo anonimato, que no escondan el tesoro de la fe, sean luz en el celemín para iluminar a todos. ¡Nunca jamás una actitud vergonzante de la fe! ¡El mundo necesita estos cristianos! “El mundo necesita evangelizadores, no tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino servidores del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”[2].

Quien expresa mejor que nadie nuestros sentimientos es la Bienaventurada Virgen María. Ella es la solista del pueblo de Dios. Ella da alma y canto a la Iglesia y es ella que ahora nos hará cantar en el Magnificat: «El Señor se ha acordado de Abraham y su descendencia para siempre». Sí, la misericordia del Señor acompañó a nuestros mártires en la hora oscura del día de su martirio y les concedió vislumbrar el amanecer del Día de la resurrección. El Señor nos acompaña a nosotros. Él que siempre «lleva a su Iglesia a la perfección por la caridad». El Señor acompañará a los que después de nosotros vendrán y creerán en Cristo. Es el misterio de la Iglesia, terrena y celeste, gloriosa y peregrina. Los

santos son las primicias de la Jerusalén celeste. Es la comunión eclesial, es el misterio de Pentecostés: «Un solo señor, una sola fe, un solo Dios y Padre». Los mártires nos ayudan a vivir esta comunión eclesial. Alegrémonos en el Señor y como decía el santo obispo de Tarragona Fructuoso momentos antes de su cruel martirio el 21 de enero del 259: «Nunca os van a faltar ni la misericordia ni la promesa del Señor en este mundo y en el otro». Así sea.

† Jaume Pujol Balcells
Arzobispo metropolitano de Tarragona y primado
Tarragona, 12.10.2013

HOMILÍA DE LA MISA DE BEATIFICACIÓN DEL AÑO DE LA FE

Domingo, 13 Octubre 2013 12:00
Angelo Card. Amato, SDB

Beatificación de los Mártires Españoles

1. La Iglesia española celebra hoy la beatificación de 522 (quinientos veintidós) hijos mártires, profetas desarmados de la caridad de Cristo. Es un extraordinario evento de gracia, que quita toda tristeza y llena de júbilo a la comunidad cristiana. Hoy recordamos con gratitud su sacrificio, que es la manifestación concreta de la civilización del amor predicada por Jesús: «Ahora -dice el libro del Apocalipsis de San Juan- se cumple la salvación, la fuerza y el reino de nuestro Dios y la potencia de su Cristo» (Ap 12, 10). Los mártires no se han avergonzado del Evangelio, sino que han permanecido fieles a Cristo, que dice: «Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Quien quiera salvar la propia vida, la perderá, pero quien pierda la propia vida por mí, la salvará» (Le 9, 23-24). Sepultados con Cristo en la muerte, con Él viven por la fe en la fuerza de Dios (cf. Col 2, 12).

España es una tierra bendecida por la sangre de los mártires. Si nos limitamos a los testigos heroicos de la fe, víctimas de la persecución religiosa de los años 30 (treinta) del siglo pasado, la Iglesia en 14 (catorce) distintas ceremonias ha beatificado más de mil. La primera, en 1987 (mil novecientos ochenta y siete), fue la beatificación de tres Carmelitas descalzas de Guadalajara. Entre las ceremonias más numerosas recordamos la del 11 (once) de marzo de 2001 (dos mil uno), con 233 (doscientos treinta y tres) mártires; la del 28 (veintiocho) de octubre de 2007 (dosmilsiete), con 498 (cuatrocientos noventa y ocho) mártires, entre los cuales los obispos de Ciudad Real y de Cuenca; y la celebrada en la catedral de la Almudena de Madrid, el 17 (diecisiete) de diciembre de 2011 (dosmil once), con 23 (veintitrés) testigos de la fe.

Hoy, aquí en Tarragona, el Papa Francisco beatifica 522 (quinientos veintidós) mártires, que «versaron su sangre para dar testimonio del Señor Jesús» (Carta Apostólica). Es la ceremonia de beatificación más grande que ha habido en tierra española. Este último grupo incluye tres obispos -Manuel Basulto Jiménez, obispo de Jaén; Salvio Huix Miralpeix, obispo de Lleida e Manuel Borrás Ferré, obispo auxiliar de Tarragona -y, además, numerosos sacerdotes, seminaristas, consagrados y consagradas, jóvenes y ancianos, padres y madres de familia. Son todos víctimas inocentes que soportaron cárceles, torturas, procesos injustos, humillaciones y suplicios indescriptibles. Es un ejército inmenso de bautizados que, con el vestido blanco de la caridad, siguieron a Cristo hasta el Calvario para resucitar con Él en la gloria de la Jerusalén celestial.

2. En el periodo oscuro de la hostilidad anticatólica de los años 30 (treinta), vuestra noble nación fue envuelta en la niebla diabólica de una ideología, que anuló a millares y millares de ciudadanos pacíficos, incendiando iglesias y símbolos religiosos, cerrando conventos y escuelas católicas, destruyendo parte de vuestro precioso patrimonio artístico. El Papa Pío XI (once) con la encíclica *Dilectissima nobis*, del 3 (tres) de junio de 1933 (mil novecientos treinta y tres), denunció enérgicamente esta libertina política antirreligiosa.

Recordemos de antemano que los mártires no fueron caídos de la guerra civil, sino víctimas de una radical persecución religiosa, que se proponía el exterminio programado de la Iglesia. Estos hermanos y hermanas nuestros no eran combatientes, no tenían armas, no se encontraban en el frente, no apoyaban a ningún partido, no eran provocadores. Eran hombres y mujeres pacíficos. Fueron matados por odio a la fe, solo porque eran católicos, porque eran sacerdotes, porque eran

seminaristas, porque eran religiosos, porque eran religiosas, porque creían en Dios, porque tenían a Jesús como único tesoro, más querido que la propia vida. No odiaban a nadie, amaban a todos, hacían el bien a todos. Su apostolado era la catequesis en las parroquias, la enseñanza en las escuelas, el cuidado de los enfermos, la caridad con los pobres, la asistencia a los ancianos y a los marginados. A la atrocidad de los perseguidores, no respondieron con la rebelión o con las armas, sino con la mansedumbre de los fuertes.

En aquel periodo, mientras se encontraba en el exilio, Don Luigi Sturzo, diplomático y sacerdote católico italiano, en un artículo de 1933 (mil novecientos treinta y tres), publicado en el periódico *El Mati* de Barcelona, escribía con intuición profética, que las modernas ideología son verdaderas religiones idolátricas, que exigen altares y víctimas, sobre todo víctimas, miles, e incluso millones. Y añadía que el aumento aberrante de la violencia hacía que las víctimas fueran con mucho más numerosas que en las antiguas persecuciones romanas.(2)

3. Queridos hermanos, ante la respuesta valiente y unánime de estos mártires, sobre todo de muchísimos sacerdotes y seminaristas, me he preguntado muchas veces: cómo se explica su fuerza sobrehumana de preferir la muerte antes que renegar la propia fe en Dios? Además de la eficacia de la gracia divina, la respuesta hay que buscarla en una buena preparación al sacerdocio. En los años previos a la persecución, en los seminarios y en las casas de formación los jóvenes eran informados claramente sobre el peligro mortal en el que se encontraban. Eran preparados espiritualmente para afrontar incluso la muerte por su vocación. Era una verdadera pedagogía martirial, que hizo a los jóvenes fuertes e incluso gozosos en su testimonio supremo.

4. Ahora planteémonos una pregunta: ¿por qué la Iglesia beatifica a estos mártires? La respuesta es sencilla: la Iglesia no quiere olvidar a estos sus hijos valientes. La Iglesia los honra con culto público, para que su intercesión obtenga del Señor una lluvia beneficosa de gracias espirituales y temporales en toda España. La Iglesia, casa del perdón, no busca culpables. Quiere glorificar a estos testigos heroicos del evangelio de la caridad, porque merecen admiración e imitación.

1 Pronunciada en Tarragona (Spagna) el 13 de ottobre de 2013.

2 LUIGI srUAZO, *Miscellanea londinese*, vol. II, Anni 1931-1933, Bologna 1967, p. 286. L'articolo fu pubblicato da *El Mati* di Barcellona, il 19 dicembre 1933.

La celebración de hoy quiere una vez más gritar fuertemente al mundo, que la humanidad necesita paz, fraternidad, concordia. Nada puede justificar la guerra, el odio fratricida, la muerte del prójimo. Con su caridad, los mártires se opusieron al furor del mal, como un potente muro se opone a la violencia monstruosa de un tsunami. Con su mansedumbre los mártires desactivaron las armas micidiales de los tiranos y de los verdugos, venciendo al mal con el bien. Ellos son los profetas siempre actuales de la paz en la tierra.

5. y ahora una segunda pregunta: ¿por qué la beatificación de los mártires de muchas diócesis españolas adviene aquí en Tarragona?

Hay dos motivos. Ante todo el grupo más numeroso de los mártires es el de esta antiquísima diócesis española, con 147 (ciento cuarenta y siete) mártires, incluido el obispo auxiliar Manuel Borrás Ferré y los jóvenes seminaristas Joan Montpeó Masip, de veinte años, y Josep Gassol Montseny de veintidós.

El segundo motivo nos viene del hecho que, en los primeros siglos cristianos, aquí en Tarragona, ecclesia Pauli, sedes Fructuosi, patria martyrum, tuvo lugar el martirio del obispo Fructuoso y de sus dos diáconos, Augurio y Eulogio, quemados vivos en el 259 (doscientos cincuenta y nueve) d.C. en el anfiteatro romano de la ciudad.

Recordemos brevemente el martirio de estos dos primeros testigos tarraconenses, porque repropone la dinámica esencial de toda persecución, que, por una parte, muestra la arbitrariedad de las acusaciones y la atrocidad de las torturas, y, por otra, la fortaleza sobrehumana de los mártires en el aceptar la pasión y la muerte con serenidad y con el perdón en los labios.

Tarragona, sede de una floreciente comunidad cristiana, en el siglo III (tercero) d. C. fue objeto de una violenta persecución, por obra del emperador Valeriano. Fueron víctimas de ella el obispo Fructuoso y los diáconos Augurio y Eulogio. De su martirio tenemos las Actas, que nos transmiten los protocolos notariales del proceso, del interrogatorio, de las respuestas, de la condena y de la ejecución.⁽³⁾ La

3 Si veda l'opuscolo molto ben documentato di PEDRO BATTLE y HUGUET, Santos Fructuoso Obispo de Tarragona y Augurio y Eulogio diáconos. Las Actas de su Martirio, Tarragona 1959. Questi Atti erano noti anche fuori dalla chiesa tarragonese. Ad esempio, il

captura de Fructuoso y de sus diáconos tuvo lugar la mañana del domingo del 16 (dieciséis) de enero del 259 (doscientos cincuenta y nueve). Llevado a la cárcel, Fructuoso rezaba continuamente y daba gracias al Señor por la gracia del martirio. Además, también allí continuó su obra de pastor y de evangelizador, confortando a los fieles, bautizando y proclamando el Evangelio a los paganos. Después de algunos días, el 21 (veintiuno) de enero, los tres fueron convocados por el cónsul Emiliano para el interrogatorio. Fructuoso y los dos diáconos se negaron a ofrecer sacrificios a los ídolos, reafirmando su fidelidad a Cristo. Los tres fueron entonces condenados a ser quemados vivos. Llevados al anfiteatro, el santo Obispo gritó con fuerza que la Iglesia no quedaría nunca sin pastor y que Dios mantendría la promesa de protegerla en el futuro.

¿Qué mensaje nos ofrecen los mártires antiguos y modernos? Nos dejan un doble mensaje. Ante todo nos invitan a perdonar. El Papa Francisco recientemente nos ha recordado que «el gozo de Dios es perdonar!... Aquí está todo el Evangelio, todo el Cristianismo! No es sentimiento, no es «buenismo»! Al contrario, la misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del «cáncer» que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual. Sólo el amor colma los vacíos, la vorágine negativa que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto, y este es el gozo de Dios!»(4)

Estamos llamados pues al gozo del perdón, a eliminar de la mente y del corazón la tristeza del rencor y del odio. Jesús decía «Sed misericordiosos, como es misericordioso vuestro Padre celestial» (Le 6, 36). Conviene hacer un examen concreto, ahora, sobre nuestra voluntad de perdón. El Papa Francisco sugiere: «Cada uno piense en una persona con la que no esté bien, con la que se haya enfadado, a la que no quiera. Pensemos en esa persona y en silencio, en este momento, recemos por esta persona y seamos misericordiosos con esta personan.»(5)

La celebración de hoy sea pues la fiesta de la reconciliación, del perdón dado y recibido, el triunfo del Señor de la paz.

poeta spagnolo Aurelio Prudenzió, ne fece una traduzione dettagliata e fedele nell'Inno VI del suo Peri Stephanon o Libro delle corone. Lo stesso sant'Agostino nel sermone del giorno della festa dei santi ne commenta il testo.

4 PAPA FRANCESCO, Angelus del 15 settembre 2013.

5 lb.

7. De aquí surge un segundo mensaje: el de la conversión del corazón a la bondad y a la misericordia. Todos estamos invitados a convertirnos al bien, no sólo quien se declara cristiano sino también quien no lo es. La Iglesia invita también a los perseguidores a no temer la conversión, a no tener miedo del bien, a rechazar el mal. El Señor es padre bueno que perdona y acoge con los brazos abiertos a sus hijos alejados por los caminos del mal y del pecado.

Todos -buenos y malos -necesitamos la conversión. Todos estamos llamados a convertirnos a la paz, a la fraternidad, al respeto de la libertad del otro, a la serenidad en las relaciones humanas. Así han actuado nuestros mártires, así han obrado los santos, que -como dice el Papa Francisco -siguen «el camino de la conversión, el camino de la humildad, del amor, del corazón, el camino de la belleza».(6)

Es un mensaje que concierne sobre todo a los jóvenes, llamados a vivir con fidelidad y gozo la vida cristiana. Pero hay que ir contra corriente: «Ir contra corriente hace bien al corazón, pero es necesario el coraje y Jesús nos da este coraje! No hay dificultades, tribulaciones, incomprensiones que den miedo si permanecemos unidos a Dios como los sarmientos están unidos a la vid, si no perdemos la amistad con Él, si le damos cada vez más espacio en nuestra vida. Esto sucede sobretudo si nos sentimos pobres, débiles, pecadores, porque Dios da fuerza a nuestra debilidad, riqueza a nuestra pobreza, conversión y perdón a nuestro pecado».(7)

Así se han comportado los mártires, jóvenes y ancianos, Sí, también jóvenes como, por ejemplo, los seminaristas de las diócesis de Tarragona y de Jaén y el laico de veintiún años, de la diócesis de Jaén. No han tenido miedo de la muerte, porque su mirada estaba proyectada hacia el cielo, hacia el gozo de la eternidad sin fin en la caridad de Dios. Si les faltó la misericordia de los hombres, estuvo presente y sobreabundante la misericordia de Dios.

Perdón y conversión son los dones que los mártires nos hacen a todos. El perdón lleva la paz a los corazones, la conversión crea fraternidad con los demás.

6 PAPA FRANCESCO , Meditazione del 19 aprile 2013 .

7 PAPA FRANCESCO , Omelia del 28 aprile 2013.

Nuestros Mártires, mensajeros de la vida y no de la muerte, sean nuestros intercesores por una existencia de paz y fraternidad. Será este el fruto precioso de esta celebración en el año de la fe.

María, Regina Martyrum, siga siendo la potente Auxiliadora de los cristianos.

Amén.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LA
ALIMENTACIÓN 2013

Al Señor José Graziano da Silva

Director General de la FAO

1. La Jornada Mundial de la Alimentación nos pone ante uno de los desafíos más serios para la humanidad: el de la trágica condición en la que viven todavía millones de personas hambrientas y malnutridas, entre ellas muchos niños. Esto adquiere mayor gravedad aún en un tiempo como el nuestro, caracterizado por un progreso sin precedentes en diversos campos de la ciencia y una posibilidad cada vez mayor de comunicación.

Es un escándalo que todavía haya hambre y malnutrición en el mundo. No se trata sólo de responder a las emergencias inmediatas, sino de afrontar juntos, en todos los ámbitos, un problema que interpela nuestra conciencia personal y social, para lograr una solución justa y duradera. Que nadie se vea obligado a abandonar su tierra y su propio entorno cultural por la falta de los medios esenciales de subsis-

tencia. Paradójicamente, en un momento en que la globalización permite conocer las situaciones de necesidad en el mundo y multiplicar los intercambios y las relaciones humanas, parece crecer la tendencia al individualismo y al encerrarse en sí mismos, lo que lleva a una cierta actitud de indiferencia —a nivel personal, de las instituciones y de los estados— respecto a quien muere de hambre o padece malnutrición, casi como si se tratara de un hecho ineluctable. Pero el hambre y la desnutrición nunca pueden ser consideradas un hecho normal al que hay que acostumbrarse, como si formara parte del sistema. Algo tiene que cambiar en nosotros mismos, en nuestra mentalidad, en nuestras sociedades. ¿Qué podemos hacer? Creo que un paso importante es abatir con decisión las barreras del individualismo, del encerrarse en sí mismos, de la esclavitud de la ganancia a toda costa; y esto, no sólo en la dinámica de las relaciones humanas, sino también en la dinámica económica y financiera global. Pienso que es necesario, hoy más que nunca, educarnos en la solidaridad, redescubrir el valor y el significado de esta palabra tan incómoda, y muy frecuentemente dejada de lado, y hacer que se convierta en actitud de fondo en las decisiones en el plano político, económico y financiero, en las relaciones entre las personas, entre los pueblos y entre las naciones. Sólo cuando se es solidario de una manera concreta, superando visiones egoístas e intereses de parte, también se podrá lograr finalmente el objetivo de eliminar las formas de indigencia determinadas por la carencia de alimentos. Solidaridad que no se reduce a las diversas formas de asistencia, sino que se esfuerza por asegurar que un número cada vez mayor de personas puedan ser económicamente independientes. Se han dado muchos pasos en diferentes países, pero todavía estamos lejos de un mundo en el que todos puedan vivir con dignidad.

2. El tema elegido por la FAO para la celebración de este año habla de «sistemas alimentarios sostenibles para la seguridad alimentaria y la nutrición». Me parece leer en él una invitación a repensar y renovar nuestros sistemas alimentarios desde una perspectiva de la solidaridad, superando la lógica de la explotación salvaje de la creación y orientando mejor nuestro compromiso de cultivar y cuidar el medio ambiente y sus recursos, para garantizar la seguridad alimentaria y avanzar hacia una alimentación suficiente y sana para todos. Esto comporta un serio interrogante sobre la necesidad de cambiar realmente nuestro estilo de vida, incluido el alimentario, que en tantas áreas del planeta está marcado por el consumismo, el desperdicio y el despilfarro de alimentos. Los datos proporcionados en este sentido por la FAO indican que aproximadamente un tercio de la producción mundial de alimentos no está disponible a causa de pérdidas y derroches cada vez mayores.

Bastaría eliminarlos para reducir drásticamente el número de hambrientos. Nuestros padres nos educaban en el valor de lo que recibimos y tenemos, considerado como un don precioso de Dios.

Pero el desperdicio de alimentos no es sino uno de los frutos de la «cultura del descarte» que a menudo lleva a sacrificar hombres y mujeres a los ídolos de las ganancias y del consumo; un triste signo de la «globalización de la indiferencia», que nos va «acostumbrando» lentamente al sufrimiento de los otros, como si fuera algo normal. El reto del hambre y de la malnutrición no tiene sólo una dimensión económica o científica, que se refiere a los aspectos cuantitativos y cualitativos de la cadena alimentaria, sino también y sobre todo una dimensión ética y antropológica. Educar en la solidaridad significa entonces educarnos en la humanidad: edificar una sociedad que sea verdaderamente humana significa poner siempre en el centro a la persona y su dignidad, y nunca malvenderla a la lógica de la ganancia. El ser humano y su dignidad son «pilares sobre los cuales construir reglas compartidas y estructuras que, superando el pragmatismo o el mero dato técnico, sean capaces de eliminar las divisiones y colmar las diferencias existentes» (cf. Discurso a los participantes en el 38ª sesión de la FAO, 20 de junio de 2013).

3. Estamos ya a las puertas del Año internacional que, por iniciativa de la FAO, estará dedicado a la familia rural. Esto me ofrece la oportunidad de proponer un tercer elemento de reflexión: la educación en la solidaridad y en una forma de vida que supere la «cultura del descarte» y ponga realmente en el centro a toda persona y su dignidad, como es característico de la familia. De ella, que es la primera comunidad educativa, se aprende a cuidar del otro, del bien del otro, a amar la armonía de la creación y a disfrutar y compartir sus frutos, favoreciendo un consumo racional, equilibrado y sostenible. Apoyar y proteger a la familia para que eduque a la solidaridad y al respeto es un paso decisivo para caminar hacia una sociedad más equitativa y humana.

La Iglesia Católica recorre junto con ustedes esta senda, consciente de que la caridad, el amor, es el alma de su misión. Que la celebración de hoy no sea una simple recurrencia anual, sino una verdadera oportunidad para apremiarnos a nosotros mismos y a las instituciones a actuar según una cultura del encuentro y de la solidaridad, para dar respuestas adecuadas al problema del hambre y la malnutrición, así como a otras problemáticas que afectan a la dignidad de todo ser humano.

Al formular cordialmente mis mejores votos, Señor Director General, para que la labor de la FAO sea cada vez más eficaz, invoco sobre Ud. y sobre todos los que colaboran en esta misión fundamental la bendición de Dios Todopoderoso.

Vaticano, 16 octubre de 2013

FRANCISCO

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2013

Queridos hermanos y hermanas:

Este año celebramos la Jornada Mundial de las Misiones mientras se clausura el Año de la fe, ocasión importante para fortalecer nuestra amistad con el Señor y nuestro camino como Iglesia que anuncia el Evangelio con valentía. En esta prospectiva, quisiera proponer algunas reflexiones.

1. La fe es un don precioso de Dios, que abre nuestra mente para que lo podamos conocer y amar, Él quiere relacionarse con nosotros para hacernos partícipes de su misma vida y hacer que la nuestra esté más llena de significado, que sea más buena, más bella. Dios nos ama. Pero la fe necesita ser acogida, es decir, necesita nuestra respuesta personal, el coraje de poner nuestra confianza en Dios, de vivir su amor, agradecidos por su infinita misericordia. Es un don que no se reserva sólo a unos pocos, sino que se ofrece a todos generosamente. Todo el mundo debería poder experimentar la alegría de ser amados por Dios, el gozo de la

salvación. Y es un don que no se puede conservar para uno mismo, sino que debe ser compartido. Si queremos guardarlo sólo para nosotros mismos, nos convertiremos en cristianos aislados, estériles y enfermos. El anuncio del Evangelio es parte del ser discípulos de Cristo y es un compromiso constante que anima toda la vida de la Iglesia. «El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial» (Benedicto XVI, Exhort. ap. *Verbum Domini*, 95). Toda comunidad es “adulta”, cuando profesa la fe, la celebra con alegría en la liturgia, vive la caridad y proclama la Palabra de Dios sin descanso, saliendo del propio ambiente para llevarla también a las “periferia”, especialmente a aquellas que aún no han tenido la oportunidad de conocer a Cristo. La fuerza de nuestra fe, a nivel personal y comunitario, también se mide por la capacidad de comunicarla a los demás, de difundirla, de vivirla en la caridad, de dar testimonio a las personas que encontramos y que comparten con nosotros el camino de la vida.

2. El Año de la fe, a cincuenta años de distancia del inicio del Concilio Vaticano II, es un estímulo para que toda la Iglesia reciba una conciencia renovada de su presencia en el mundo contemporáneo, de su misión entre los pueblos y las naciones. La misionariedad no es sólo una cuestión de territorios geográficos, sino de pueblos, de culturas e individuos independientes, precisamente porque los “confines” de la fe no sólo atraviesan lugares y tradiciones humanas, sino el corazón de cada hombre y cada mujer. El Concilio Vaticano II destacó de manera especial cómo la tarea misionera, la tarea de ampliar los confines de la fe es un compromiso de todo bautizado y de todas las comunidades cristianas: «Viviendo el Pueblo de Dios en comunidades, sobre todo diocesanas y parroquiales, en las que de algún modo se hace visible, a ellas pertenece también dar testimonio de Cristo delante de las gentes» (Decr. *Ad gentes*, 37). Por tanto, se pide y se invita a toda comunidad a hacer propio el mandato confiado por Jesús a los Apóstoles de ser sus «testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8), no como un aspecto secundario de la vida cristiana, sino como un aspecto esencial: todos somos enviados por los senderos del mundo para caminar con nuestros hermanos, profesando y dando testimonio de nuestra fe en Cristo y convirtiéndonos en anunciadores de su Evangelio. Invito a los obispos, a los sacerdotes, a los consejos presbiterales y pastorales, a cada persona y grupo responsable en la Iglesia a dar relieve a la dimensión misionera en los programas pastorales y formativos, sintiendo que el propio compromiso apostólico no está completo si no contiene el propósito de “dar testimonio de Cristo ante las naciones”, ante todos los pueblos. La misionariedad no es sólo una dimensión

programática en la vida cristiana, sino también una dimensión paradigmática que afecta a todos los aspectos de la vida cristiana.

3. A menudo, la obra de evangelización encuentra obstáculos no sólo fuera, sino dentro de la comunidad eclesial. A veces el fervor, la alegría, el coraje, la esperanza en anunciar a todos el mensaje de Cristo y ayudar a la gente de nuestro tiempo a encontrarlo son débiles; en ocasiones, todavía se piensa que llevar la verdad del Evangelio es violentar la libertad. A este respecto, Pablo VI usa palabras iluminadoras: «Sería... un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida por Jesucristo, con plena claridad y con absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda hacer... es un homenaje a esta libertad» (Exhort, Ap. Evangelii nuntiandi, 80). Siempre debemos tener el valor y la alegría de proponer, con respeto, el encuentro con Cristo, de hacernos heraldos de su Evangelio, Jesús ha venido entre nosotros para mostrarnos el camino de la salvación, y nos ha confiado la misión de darlo a conocer a todos, hasta los confines de la tierra. Con frecuencia, vemos que lo que se destaca y se propone es la violencia, la mentira, el error. Es urgente hacer que resplandezca en nuestro tiempo la vida buena del Evangelio con el anuncio y el testimonio, y esto desde el interior mismo de la Iglesia. Porque, en esta perspectiva, es importante no olvidar un principio fundamental de todo evangelizador: no se puede anunciar a Cristo sin la Iglesia. Evangelizar nunca es un acto aislado, individual, privado, sino que es siempre eclesial. Pablo VI escribía que «cuando el más humilde predicador, catequista o Pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentra solo, ejerce un acto de Iglesia»; no actúa «por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre» (ibíd., 60). Y esto da fuerza a la misión y hace sentir a cada misionero y evangelizador que nunca está solo, que forma parte de un solo Cuerpo animado por el Espíritu Santo.

4. En nuestra época, la movilidad generalizada y la facilidad de comunicación a través de los nuevos medios de comunicación han mezclado entre sí los pueblos, el conocimiento, las experiencias. Por motivos de trabajo, familias enteras se trasladan de un continente a otro; los intercambios profesionales y culturales, así como el turismo y otros fenómenos análogos empujan a un gran movimiento de personas. A veces es difícil, incluso para las comunidades parroquiales, conocer de forma segura y profunda a quienes están de paso o a quienes viven de forma permanente en el territorio. Además, en áreas cada vez más grandes de las regiones

tradicionalmente cristianas crece el número de los que son ajenos a la fe, indiferentes a la dimensión religiosa o animados por otras creencias. Por tanto, no es raro que algunos bautizados escojan estilos de vida que les alejan de la fe, convirtiéndolos en necesitados de una “nueva evangelización”. A esto se suma el hecho de que a una gran parte de la humanidad todavía no le ha llegado la buena noticia de Jesucristo. Y que vivimos en una época de crisis que afecta a muchas áreas de la vida, no sólo la economía, las finanzas, la seguridad alimentaria, el medio ambiente, sino también la del sentido profundo de la vida y los valores fundamentales que la animan. La convivencia humana está marcada por tensiones y conflictos que causan inseguridad y fatiga para encontrar el camino hacia una paz estable. En esta situación tan compleja, donde el horizonte del presente y del futuro parece estar cubierto por nubes amenazantes, se hace aún más urgente el llevar con valentía a todas las realidades, el Evangelio de Cristo, que es anuncio de esperanza, reconciliación, comunión; anuncio de la cercanía de Dios, de su misericordia, de su salvación; anuncio de que el poder del amor de Dios es capaz de vencer las tinieblas del mal y conducir hacia el camino del bien. El hombre de nuestro tiempo necesita una luz fuerte que ilumine su camino y que sólo el encuentro con Cristo puede darle. Traigamos a este mundo, a través de nuestro testimonio, con amor, la esperanza que se nos da por la fe. La naturaleza misionera de la Iglesia no es proselitista, sino testimonio de vida que ilumina el camino, que trae esperanza y amor. La Iglesia –lo repito una vez más– no es una organización asistencial, una empresa, una ONG, sino que es una comunidad de personas, animadas por la acción del Espíritu Santo, que han vivido y viven la maravilla del encuentro con Jesucristo y desean compartir esta experiencia de profunda alegría, compartir el mensaje de salvación que el Señor nos ha dado. Es el Espíritu Santo quién guía a la Iglesia en este camino.

5. Quisiera animar a todos a ser portadores de la buena noticia de Cristo, y estoy agradecido especialmente a los misioneros y misioneras, a los presbíteros *fidei donum*, a los religiosos y religiosas y a los fieles laicos –cada vez más numerosos– que, acogiendo la llamada del Señor, dejan su patria para servir al Evangelio en tierras y culturas diferentes de las suyas. Pero también me gustaría subrayar que las mismas iglesias jóvenes están trabajando generosamente en el envío de misioneros a las iglesias que se encuentran en dificultad –no es raro que se trate de Iglesias de antigua cristiandad– llevando la frescura y el entusiasmo con que estas viven la fe que renueva la vida y da esperanza. Vivir en este aliento universal, respondiendo al mandato de Jesús «Id, pues, y haced discípulos de todas las naciones» (Mt 28,19) es una riqueza para cada una de las iglesias particulares, para cada comunidad, y

donar misioneros y misioneras nunca es una pérdida sino una ganancia. Hago un llamamiento a todos aquellos que sienten la llamada a responder con generosidad a la voz del Espíritu Santo, según su estado de vida, y a no tener miedo de ser generosos con el Señor. Invito también a los obispos, las familias religiosas, las comunidades y todas las agregaciones cristianas a sostener, con visión de futuro y discernimiento atento, la llamada misionera ad gentes y a ayudar a las iglesias que necesitan sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos para fortalecer la comunidad cristiana. Y esta atención debe estar también presente entre las iglesias que forman parte de una misma Conferencia Episcopal o de una Región: es importante que las iglesias más ricas en vocaciones ayuden con generosidad a las que sufren por su escasez. Al mismo tiempo exhorto a los misioneros y a las misioneras, especialmente los sacerdotes *fidei donum* y a los laicos, a vivir con alegría su precioso servicio en las iglesias a las que son destinados, y a llevar su alegría y su experiencia a las iglesias de las que proceden, recordando cómo Pablo y Bernabé, al final de su primer viaje misionero «contaron todo lo que Dios había hecho a través de ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles» (Hch 14,27). Ellos pueden llegar a ser un camino hacia una especie de “restitución” de la fe, llevando la frescura de las Iglesias jóvenes, de modo que las Iglesias de antigua cristiandad redescubran el entusiasmo y la alegría de compartir la fe en un intercambio que enriquece mutuamente en el camino de seguimiento del Señor.

La solicitud por todas las Iglesias, que el Obispo de Roma comparte con sus hermanos en el episcopado, encuentra una actuación importante en el compromiso de las Obras Misionales Pontificias, que tienen como propósito animar y profundizar la conciencia misionera de cada bautizado y de cada comunidad, ya sea reclamando la necesidad de una formación misionera más profunda de todo el Pueblo de Dios, ya sea alimentando la sensibilidad de las comunidades cristianas a ofrecer su ayuda para favorecer la difusión del Evangelio en el mundo.

Por último, me refiero a los cristianos que, en diversas partes del mundo, se encuentran en dificultades para profesar abiertamente su fe y ver reconocido el derecho a vivirla con dignidad. Ellos son nuestros hermanos y hermanas, testigos valientes –aún más numerosos que los mártires de los primeros siglos– que soportan con perseverancia apostólica las diversas formas de persecución actuales. Muchos también arriesgan su vida por permanecer fieles al Evangelio de Cristo. Deseo asegurarles que me siento cercano en la oración a las personas, a las familias y a las comunidades que sufren violencia e intolerancia, y les repito las palabras consoladoras de Jesús: «Confíad, yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Benedicto XVI exhortaba: «Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero» (Carta Ap. Porta fidei, 15). Este es mi deseo para la Jornada Mundial de las Misiones de este año. Bendigo de corazón a los misioneros y misioneras, y a todos los que acompañan y apoyan este compromiso fundamental de la Iglesia para que el anuncio del Evangelio pueda resonar en todos los rincones de la tierra, y nosotros, ministros del Evangelio y misioneros, experimentaremos “la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (Pablo VI, Exhort. Ap. Evangelii nuntiandi, 80).

Vaticano, 19 de mayo de 2013, Solemnidad de Pentecostés.

FRANCISCO

MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO CON MOTIVO DE LAS BEATIFICACIONES DE 522 MÁRTIRES EN TARRAGONA

Domingo, 13 Octubre 2013 12:00
Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, buenos días

Me uno de corazón a todos los participantes en la celebración, que tiene lugar en Tarragona, en la que un gran número de Pastores, personas consagradas y fieles laicos son proclamados Beatos mártires.

¿Quiénes son los mártires? Son cristianos ganados por Cristo, discípulos que han aprendido bien el sentido de aquel «amar hasta el extremo» que llevó a Jesús a la Cruz. No existe el amor por entregas, el amor en porciones. El amor total: y cuando se ama, se ama hasta el extremo. En la Cruz, Jesús ha sentido el peso de la muerte, el peso del pecado, pero se confió enteramente al Padre, y ha perdonado. Apenas pronunció palabras, pero entregó la vida. Cristo nos “primerea” en el amor; los mártires lo han imitado en el amor hasta el final.

Dicen los Santos Padres: ¡«Imitemos a los mártires»! Siempre hay que morir un poco para salir de nosotros mismos, de nuestro egoísmo, de nuestro bienestar, de nuestra pereza, de nuestras tristezas, y abrirnos a Dios, a los demás, especialmente a los que más lo necesitan.

Imploremos la intercesión de los mártires para ser cristianos concretos, cristianos con obras y no de palabras; para no ser cristianos mediocres, cristianos barnizados de cristianismo pero sin sustancia, ellos no eran barnizados eran cristianos hasta el final, pidámosle su ayuda para mantener firme la fe, aunque haya dificultades, y seamos así fermento de esperanza y artífices de hermandad y solidaridad.

Y les pido que recen por mí. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide.

PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO DURANTE EL ÁNGELUS

Domingo, 13 Octubre 2013 12:45
Papa Francisco

PAPA FRANCESCO

ANGELUS

Piazza San Pietro

Domenica, 13 ottobre 2013

Cari fratelli e sorelle, oggi, a Tarragona, in Spagna, vengono proclamati Beati circa cinquecento martiri, uccisi per la loro fede durante la guerra civile spagnola degli anni Trenta del secolo scorso. Lodiamo il Signore per questi suoi coraggiosi testimoni, e per loro intercessione supplichiamo di liberare il mondo da ogni violenza.

Ringrazio tutti voi che siete venuti numerosi da Roma, dall'Italia e da tante parti del mondo per questa festa della fede dedicata a Maria nostra Madre.

Saludo con afecto al grupo de panameños que se encuentran hoy en Roma y los confío a la protección de Nuestra Señora de la Antigua, celestial patrona de esa querida nación.

Saluto i bambini dell'Orchestra Internazionale per la Pace "Piccole Impronte", e l'Associazione Nazionale Mutilati e Invalidi del Lavoro.

Saluto i giovani di Roma che nei giorni scorsi si sono impegnati nella missione "Gesù al centro": siate sempre missionari del Vangelo, ogni giorno e in ogni luogo! E volentieri rivolgo un saluto anche ai detenuti del carcere di Castrovillari.

Ed ora preghiamo insieme l'Angelus: Angelus Domini...

Vi auguro buona domenica, buon pranzo. E arrivederci!

VIAJE PASTORAL A ASIS

ENCUENTRO CON LOS NIÑOS DISCAPACITADOS Y ENFERMOS INGRESADOS EN EL INSTITUTO SERÁFICO

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Asís

Viernes 4 de octubre de 2013

Nosotros estamos entre las llagas de Jesús, dijo usted, señora. Dijo también que estas llagas tienen necesidad de ser escuchadas, ser reconocidas. Y me viene a la memoria cuando el Señor Jesús iba de camino con los dos discípulos tristes. El Señor Jesús, al final, les mostró sus llagas y ellos le reconocieron. Luego el pan, donde Él estaba. Mi hermano Domenico me decía que aquí se realiza la Adoración. También este pan necesita ser escuchado, porque Jesús está presente y oculto detrás de la sencillez y mansedumbre de un pan. Aquí está Jesús oculto en estos muchachos, en estos niños, en estas personas. En el altar adoramos la Carne de Jesús; en ellos encontramos las llagas de Jesús. Jesús oculto en la Eucaristía y Jesús oculto en estas llagas. ¡Necesitan ser escuchadas! Tal vez no tanto en los

periódicos, como noticias; esa es una escucha que dura uno, dos, tres días, luego viene otro, y otro... Deben ser escuchadas por quienes se dicen cristianos. El cristiano adora a Jesús, el cristiano busca a Jesús, el cristiano sabe reconocer las llagas de Jesús. Y hoy, todos nosotros, aquí, necesitamos decir: «Estas llagas deben ser escuchadas». Pero hay otra cosa que nos da esperanza. Jesús está presente en la Eucaristía, aquí es la Carne de Jesús; Jesús está presente entre vosotros, es la Carne de Jesús: son las llagas de Jesús en estas personas.

Pero es interesante: Jesús, al resucitar era bellísimo. No tenía en su cuerpo las marcas de los golpes, las heridas... nada. ¡Era más bello! Sólo quiso conservar las llagas y se las llevó al cielo. Las llagas de Jesús están aquí y están en el cielo ante el Padre. Nosotros curamos las llagas de Jesús aquí, y Él, desde el cielo, nos muestra sus llagas y nos dice a todos, a todos nosotros: «Te estoy esperando!». Que así sea.

Que el Señor os bendiga a todos. Que su amor descienda sobre nosotros, camine con nosotros; que Jesús nos diga que estas llagas son suyas y nos ayude a expresarlo, para que nosotros, cristianos, le escuchemos.

* * *

A continuación publicamos las palabras que el Papa Francisco había preparado para esta ocasión y que entregó dándolas por leídas.

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero iniciar mi visita a Asís con vosotros. ¡Os saludo a todos! Hoy es la fiesta de san Francisco, y yo elegí, como Obispo de Roma, llevar su nombre. He aquí el motivo por el cual hoy estoy aquí: mi visita es sobre todo una peregrinación de amor, para rezar ante la tumba de un hombre que se despojó de sí mismo y se revistió de Cristo; y, siguiendo el ejemplo de Cristo, amó a todos, especialmente a los más pobres y abandonados, amó con estupor y sencillez la creación de Dios. Al llegar aquí a Asís, en las puertas de la ciudad, se encuentra este Instituto, que se llama precisamente «Seráfico», un sobrenombre de san Francisco. Lo fundó un gran franciscano, el beato Ludovico de Casoria.

Y es justo partir de aquí. San Francisco, en su Testamento, dice: «El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia:

porque, como estaba en pecado, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos. Y al apartarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo» (FF, 110).

La sociedad, lamentablemente, está contaminada por la cultura del «descarte», que se opone a la cultura de la acogida. Y las víctimas de la cultura del descarte son precisamente las personas más débiles, más frágiles. En esta Casa, en cambio, veo en acción la cultura de la acogida. Ciertamente, incluso aquí no será todo perfecto, pero se colabora juntos por la vida digna de personas con graves dificultades. Gracias por este signo de amor que nos ofrecéis: éste es el signo de la verdadera civilización, humana y cristiana. Poner en el centro de la atención social y política a las personas más desfavorecidas. A veces, en cambio, las familias se encuentran solas al hacerse cargo de ellas. ¿Qué hacer? Desde este lugar donde se ve el amor concreto, digo a todos: multipliquemos las obras de la cultura de la acogida, obras animadas ante todo por un profundo amor cristiano, amor a Cristo Crucificado, a la carne de Cristo, obras en las que se unan la profesionalidad, el trabajo cualificado y justamente retribuido, con el voluntariado, un tesoro precioso.

Servir con amor y con ternura a las personas que tienen necesidad de tanta ayuda nos hace crecer en humanidad, porque ellas son auténticos recursos de humanidad. San Francisco era un joven rico, tenía ideales de gloria, pero Jesús, en la persona de aquel leproso, le habló en silencio, y le cambió, le hizo comprender lo que verdaderamente vale en la vida: no las riquezas, la fuerza de las armas, la gloria terrena, sino la humildad, la misericordia, el perdón.

Aquí, queridos hermanos y hermanas, quiero leerles algo personal, unas de las más bellas cartas que he recibido, un don de amor de Jesús. Me la escribió Nicolás, un muchacho de 16 años, discapacitado de nacimiento, que vive en Buenos Aires. Os la leo: «Querido Francisco: soy Nicolás y tengo 16 años; como yo no puedo escribirte (porque aún no hablo, ni camino), pedí a mis padres que lo hicieran en mi lugar, porque ellos son las personas que más me conocen. Te quiero contar que cuando tenía 6 años, en mi Colegio que se llama Aedin, el padre Pablo me dio la primera Comunión y este año, en noviembre, recibiré la Confirmación, una cosa que me da mucha alegría. Todas las noches, desde que tú me lo has pedido, pido a mi ángel de la guarda, que se llama Eusebio y que tiene mucha paciencia, que te proteja y te ayude. Puedes estar seguro de que lo hace muy bien porque me cuida y me acompaña todos los días. ¡Ah! Y cuando no tengo sueño... viene a jugar

conmigo. Me gustaría mucho ir a verte y recibir tu bendición y un beso: sólo esto. Te mando muchos saludos y sigo pidiendo a Eusebio que te cuide y te dé fuerza. Besos. Nico».

En esta carta, en el corazón de este muchacho está la belleza, el amor, la poesía de Dios. Dios que se revela a quien tiene corazón sencillo, a los pequeños, a los humildes, a quien nosotros a menudo consideramos últimos, incluso a vosotros, queridos amigos: este muchacho cuando no logra dormir juega con su ángel de la guarda; es Dios que baja a jugar con él.

En la capilla de este Instituto, el obispo ha querido que se tenga la adoración eucarística permanente: el mismo Jesús que adoramos en el Sacramento, le encontramos en el hermano más frágil, de quien aprendemos, sin barreras y complicaciones, que Dios nos ama con la sencillez del corazón.

Gracias a todos por este encuentro. Os llevo conmigo, en el afecto y en la oración. Pero también vosotros rezad por mí. Que el Señor os bendiga y la Virgen y san Francisco os protejan.

* * *

Tras dejar la capilla, el Santo Padre, se asomó a una ventana y dirigió las siguientes palabras a las personas que estaban en el exterior del edificio.

¡Buenos días! Os saludo. Muchas gracias por todo esto. Reza por todos los niños, los muchachos, las personas que están aquí, por todos los que trabajan aquí. Por ellos. ¡Muy bonito! Que el Señor os bendiga. Reza también por mí, pero siempre. Reza a favor, no en contra. Que el Señor os bendiga.

ENCUENTRO CON LOS POBRES ASISTIDOS POR CÁRITAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Sala de la Expoliación del Obispado, Asís

Viernes 4 de octubre de 2013

Ha dicho mi hermano obispo que es la primera vez, en 800 años, que un Papa viene aquí. En estos días, en los periódicos, en los medios de comunicación, se fantaseaba. «El Papa irá a despojar a la Iglesia, ¡allí!». «¿De qué despojará a la Iglesia?». «Despojará los hábitos de los obispos, de los cardenales; se despojará él mismo». Esta es una buena ocasión para hacer una invitación a la Iglesia a despojarse. ¡Pero la Iglesia somos todos! ¡Todos! Desde el primer bautizado, todos somos Iglesia y todos debemos ir por el camino de Jesús, que recorrió un camino de despojamiento, Él mismo. Se hizo siervo, servidor; quiso ser humillado hasta la Cruz. Y si nosotros queremos ser cristianos, no hay otro camino. ¿Pero no podemos hacer un cristianismo un poco más humano —dicen—, sin cruz, sin Jesús, sin

despojamiento? ¡De este modo nos volveríamos cristianos de pastelería, como buenas tartas, como buenas cosas dulces! Muy bonito, ¡pero no cristianos de verdad! Alguno dirá: «¿Pero de qué debe despojarse la Iglesia?». Debe despojarse hoy de un peligro gravísimo, que amenaza a cada persona en la Iglesia, a todos: el peligro de la mundanidad. El cristiano no puede convivir con el espíritu del mundo. La mundanidad que nos lleva a la vanidad, a la prepotencia, al orgullo. Y esto es un ídolo, no es Dios. ¡Es un ídolo! ¡Y la idolatría es el pecado más fuerte!

Cuando en los medios de comunicación se habla de la Iglesia, creen que la Iglesia son los sacerdotes, las religiosas, los obispos, los cardenales y el Papa. Pero la Iglesia somos todos nosotros, como he dicho. Y todos nosotros debemos despojarnos de esta mundanidad: el espíritu contrario al espíritu de las bienaventuranzas, el espíritu contrario al espíritu de Jesús. La mundanidad nos hace daño. Es muy triste encontrar a un cristiano mundano, seguro —según él— de esa seguridad que le da la fe y seguro de la seguridad que le da el mundo. No se puede obrar en las dos partes. La Iglesia —todos nosotros— debe despojarse de la mundanidad, que la lleva a la vanidad, al orgullo, que es la idolatría.

Jesús mismo nos decía: «No se puede servir a dos señores: o sirves a Dios o sirves al dinero» (cf. Mt 6, 24). En el dinero estaba todo este espíritu mundano; dinero, vanidad, orgullo, ese camino... nosotros no podemos... es triste borrar con una mano lo que escribimos con la otra. ¡El Evangelio es el Evangelio! ¡Dios es único! Y Jesús se hizo servidor por nosotros y el espíritu del mundo no tiene que ver aquí. Hoy estoy aquí con vosotros. Muchos de vosotros han sido despojados por este mundo salvaje, que no da trabajo, que no ayuda; al que no le importa si hay niños que mueren de hambre en el mundo; no le importa si muchas familias no tienen para comer, no tienen la dignidad de llevar pan a casa; no le importa que mucha gente tenga que huir de la esclavitud, del hambre, y huir buscando la libertad. Con cuánto dolor, muchas veces, vemos que encuentran la muerte, como ha ocurrido ayer en Lampedusa: ¡hoy es un día de llanto! Estas cosas las hace el espíritu del mundo. Es ciertamente ridículo que un cristiano —un cristiano verdadero—, que un sacerdote, una religiosa, un obispo, un cardenal, un Papa, quieran ir por el camino de esta mundanidad, que es una actitud homicida. ¡La mundanidad espiritual mata! ¡Mata el alma! ¡Mata a las personas! ¡Mata a la Iglesia!

Cuando Francisco, aquí, realizó aquel gesto de despojarse, era un muchacho joven, no tenía fuerza para esto. Fue la fuerza de Dios la que le impulsó a hacer

esto, la fuerza de Dios que quería recordarnos lo que Jesús nos decía sobre el espíritu del mundo, lo que Jesús rogó al Padre, para que el Padre nos salvara del espíritu del mundo.

Hoy, aquí, pidamos la gracia para todos los cristianos. Que el Señor nos dé a todos nosotros el valor de despojarnos, pero no de 20 liras; despojarnos del espíritu del mundo, que es la lepra, es el cáncer de la sociedad. ¡Es el cáncer de la revelación de Dios! ¡El espíritu del mundo es el enemigo de Jesús! Pido al Señor que, a todos nosotros, nos dé esta gracia de despojarnos. ¡Gracias!

* * *

Al término del encuentro, pronunció las siguientes palabras:

Muchas gracias por la acogida. Rezad por mí, que lo necesito... ¡Todos! ¡Gracias!

* * *

Publicamos a continuación las palabras que el Papa Francisco había preparado para la ocasión y que entregó, dándolas por leídas:

Queridos hermanos y hermanas:

¡Gracias por vuestra acogida! Este lugar es un lugar especial, y por esto he querido hacer una etapa aquí, aunque la jornada está muy llena. Aquí Francisco se despojó de todo, ante su padre, el obispo y la gente de Asís. Fue un gesto profético, y fue también un acto de oración, un acto de amor y de confiarse al Padre que está en los cielos.

Con aquel gesto Francisco hizo su elección: la elección de ser pobre. No es una elección sociológica, ideológica, es la elección de ser como Jesús, de imitarle a Él, de seguirle hasta el fondo. Jesús es Dios que se despoja de su gloria. Lo leemos en san Pablo: Cristo Jesús, que era Dios, se despojó Él mismo, se vació Él mismo, y se hizo como nosotros, y en este abajamiento llegó hasta la muerte de cruz (cf. Flp 2, 6-8). Jesús es Dios, pero nació desnudo, fue puesto en un pesebre, y murió desnudo y crucificado.

Francisco se despojó de todo, de su vida mundana, de sí mismo, para seguir a su Señor, Jesús, para ser como Él. El obispo Guido comprendió aquel gesto e inmediatamente se alzó, abrazó a Francisco y le cubrió con su manto, y fue siempre su ayuda y protector (cf. Vida Primera, ff, 344).

El despojamiento de san Francisco nos dice sencillamente lo que nos enseña el Evangelio: seguir a Jesús quiere decir ponerle en primer lugar, despojarnos de la muchas cosas que tenemos y que sofocan nuestro corazón, renunciar a nosotros mismos, tomar la cruz y llevarla con Jesús. Despojarnos del yo orgulloso y despegarnos del afán de tener, del dinero, que es un ídolo que posee.

Todos estamos llamados a ser pobres, despojarnos de nosotros mismos; y por esto debemos aprender a estar con los pobres, compartir con quien carece de lo necesario, tocar la carne de Cristo. El cristiano no es uno que se llena la boca con los pobres, ¡no! Es uno que les encuentra, que les mira a los ojos, que les toca. Estoy aquí no para «ser noticia», sino para indicar que éste es el camino cristiano, el que recorrió san Francisco. San Buenaventura, hablando del despojamiento de san Francisco, escribe: «Así, quedó desnudo el siervo del Rey altísimo para poder seguir al Señor desnudo en la cruz, a quien tanto amaba». Y añade que así Francisco se salvó del «naufrago del mundo». (ff, 1043)

Pero desearía, como pastor, también preguntarme: ¿de qué debe despojarse la Iglesia?

Despojarse de toda mundanidad espiritual, que es una tentación para todos; despojarse de toda acción que no es por Dios, no es de Dios; del miedo de abrir las puertas y de salir al encuentro de todos, especialmente de los más pobres, necesitados, lejanos, sin esperar; cierto, no para perderse en el naufragio del mundo, sino para llevar con valor la luz de Cristo, la luz del Evangelio, también en la oscuridad, donde no se ve, donde puede suceder el tropiezo; despojarse de la tranquilidad aparente que dan las estructuras, ciertamente necesarias e importantes, pero que no deben oscurecer jamás la única fuerza verdadera que lleva en sí: la de Dios. Él es nuestra fuerza. Despojarse de lo que no es esencial, porque la referencia es Cristo; la Iglesia es de Cristo. Muchos pasos, sobre todo en estas décadas, se han dado. Continuemos por este camino que es el de Cristo, el de los santos.

Para todos, también para nuestra sociedad que da signos de cansancio, si queremos salvarnos del naufragio, es necesario seguir el camino de la pobreza, que

no es la miseria —ésta hay que combatirla—, sino saber compartir, ser más solidarios con quien está en necesidad, fiarnos más de Dios y menos de nuestras fuerzas humanas. Monseñor Sorrentino ha recordado la obra de solidaridad del obispo Nicolini, que ayudó a cientos de judíos escondiéndoles en los conventos, y el centro de selección secreto estaba precisamente aquí, en el obispado. También esto es despojamiento, que parte siempre del amor, de la misericordia de Dios.

En este lugar que nos interpela, desearía orar para que cada cristiano, la Iglesia, cada hombre y mujer de buena voluntad, sepa despojarse de lo que no es esencial para ir al encuentro de quien es pobre y pide ser amado. ¡Gracias a todos!

SANTAMISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Plaza de San Francisco, Asís

Viernes 4 de octubre de 2013

«Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11,25).

Paz y bien a todos. Con este saludo franciscano os agradezco el haber venido aquí, a esta plaza llena de historia y de fe, para rezar juntos.

Como tantos peregrinos, también yo he venido para dar gracias al Padre por todo lo que ha querido revelar a uno de estos «pequeños» de los que habla el evangelio: Francisco, hijo de un rico comerciante de Asís. El encuentro con Jesús lo llevó a despojarse de una vida cómoda y superficial, para abrazar «la señora pobreza» y vivir como verdadero hijo del Padre que está en los cielos. Esta elección

de san Francisco representaba un modo radical de imitar a Cristo, de revestirse de Aquel que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Co 8,9). El amor a los pobres y la imitación de Cristo pobre son dos elementos unidos de modo inseparable en la vida de Francisco, las dos caras de una misma moneda. ¿Cuál es el testimonio que nos da hoy Francisco? ¿Qué nos dice, no con las palabras –esto es fácil– sino con la vida?

1. La primera cosa que nos dice, la realidad fundamental que nos atestigua es ésta: ser cristianos es una relación viva con la Persona de Jesús, es revestirse de él, es asimilarse a él.

¿Dónde inicia el camino de Francisco hacia Cristo? Comienza con la mirada de Jesús en la cruz. Dejarse mirar por él en el momento en el que da la vida por nosotros y nos atrae a sí. Francisco lo experimentó de modo particular en la iglesita de San Damián, rezando delante del crucifijo, que hoy también yo veneraré. En aquel crucifijo Jesús no aparece muerto, sino vivo. La sangre desciende de las heridas de las manos, los pies y el costado, pero esa sangre expresa vida. Jesús no tiene los ojos cerrados, sino abiertos, de par en par: una mirada que habla al corazón. Y el Crucifijo no nos habla de derrota, de fracaso; paradójicamente nos habla de una muerte que es vida, que genera vida, porque nos habla de amor, porque él es el Amor de Dios encarnado, y el Amor no muere, más aún, vence el mal y la muerte. El que se deja mirar por Jesús crucificado es re-creado, llega a ser una «nueva criatura». De aquí comienza todo: es la experiencia de la Gracia que transforma, el ser amados sin méritos, aun siendo pecadores. Por eso Francisco puede decir, como san Pablo: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Ga 6,14).

Nos dirigimos a ti, Francisco, y te pedimos: enséñanos a permanecer ante el Crucificado, a dejarnos mirar por él, a dejarnos perdonar, recrear por su amor.

2. En el evangelio hemos escuchado estas palabras: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,28-29).

Ésta es la segunda cosa que Francisco nos atestigua: quien sigue a Cristo, recibe la verdadera paz, aquella que sólo él, y no el mundo, nos puede dar. Muchos asocian a san Francisco con la paz, pero pocos profundizan. ¿Cuál es la paz que Francisco acogió y vivió y nos transmite? La de Cristo, que pasa a través del amor

más grande, el de la Cruz. Es la paz que Jesús resucitado dio a los discípulos cuando se apareció en medio de ellos (cf. Jn 20,19.20).

La paz franciscana no es un sentimiento almibarado. Por favor: ¡ese san Francisco no existe! Y ni siquiera es una especie de armonía panteísta con las energías del cosmos... Tampoco esto es franciscano, tampoco esto es franciscano, sino una idea que algunos han construido. La paz de san Francisco es la de Cristo, y la encuentra el que «carga» con su «yugo», es decir su mandamiento: Amaos los unos a los otros como yo os he amado (cf. Jn 13,34; 15,12). Y este yugo no se puede llevar con arrogancia, con presunción, con soberbia, sino sólo se puede llevar con mansedumbre y humildad de corazón.

Nos dirigimos a ti, Francisco, y te pedimos: enséñanos a ser «instrumentos de la paz», de la paz que tiene su fuente en Dios, la paz que nos ha traído el Señor Jesús.

3. Francisco inicia el Cántico así: «Altísimo, omnipotente y buen Señor... Alabado seas... con todas las criaturas» (FF, 1820). El amor por toda la creación, por su armonía. El Santo de Asís da testimonio del respeto hacia todo lo que Dios ha creado y como Él lo ha creado, sin experimentar con la creación para destruirla; ayudarla a crecer, a ser más hermosa y más parecida a lo que Dios ha creado. Y sobre todo san Francisco es testigo del respeto por todo, de que el hombre está llamado a custodiar al hombre, de que el hombre está en el centro de la creación, en el puesto en el que Dios – el Creador – lo ha querido, sin ser instrumento de los ídolos que nos creamos. ¡La armonía y la paz! Francisco fue hombre de armonía, un hombre de paz. Desde esta Ciudad de la paz, repito con la fuerza y mansedumbre del amor: respetemos la creación, no seamos instrumentos de destrucción. Respetemos todo ser humano: que cesen los conflictos armados que ensangrientan la tierra, que callen las armas y en todas partes el odio ceda el puesto al amor, la ofensa al perdón y la discordia a la unión. Escuchemos el grito de los que lloran, sufren y mueren por la violencia, el terrorismo o la guerra, en Tierra Santa, tan amada por san Francisco, en Siria, en todo el Oriente Medio, en todo el mundo.

Nos dirigimos a ti, Francisco, y te pedimos: Alcánzanos de Dios para nuestro mundo el don de la armonía, la paz y el respeto por la creación.

No puedo olvidar, en fin, que Italia celebra hoy a san Francisco como su Patrón. Y felicito a todos los italianos, en la persona del Jefe del Gobierno, aquí

presente. Lo expresa también el tradicional gesto de la ofrenda del aceite para la lámpara votiva, que este año corresponde precisamente a la Región de Umbría. Recemos por la Nación italiana, para que cada uno trabaje siempre para el bien común, mirando más lo que une que lo que divide.

Hago mía la oración de san Francisco por Asís, por Italia, por el mundo: «Te ruego, pues, Señor mío Jesucristo, Padre de toda misericordia, que no te acuerdes de nuestras ingratitudes, sino ten presente la inagotable clemencia que has manifestado en [esta ciudad], para que sea siempre lugar y morada de los que de veras te conocen y glorifican tu nombre, bendito y gloriosísimo, por los siglos de los siglos. Amén» (Espejo de perfección, 124: FF, 1824).

ENCUENTRO CON EL CLERO,
PERSONAS DE VIDA CONSAGRADA
Y MIEMBROS DE CONSEJOS PASTORALES
DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Catedral de San Rufino, Asís

Viernes 4 de octubre de 2013

Queridos hermanos y hermanas de la comunidad diocesana, ¡buenas tardes!

Os doy las gracias por vuestra acogida, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos comprometidos en los consejos pastorales. ¡Cuán necesarios son los consejos pastorales! Un obispo no puede guiar una diócesis sin el consejo pastoral. Un párroco no puede guiar la parroquia sin el consejo pastoral. Esto es fundamental. Estamos en la catedral. Aquí se conserva la pila bautismal en la que fueron bautizados san Francisco y santa Clara, que en ese tiempo se encontraba en la iglesia de Santa María. La memoria del Bautismo es importante. El Bautismo es nuestro naci-

miento como hijos de la Madre Iglesia. Desearía haceros una pregunta: ¿quién de vosotros sabe el día de su Bautismo? Pocos, pocos... Ahora, la tarea en casa. Mamá, papá, dime: ¿cuándo fui bautizado? Es importante, porque es el día del nacimiento como hijo de Dios. Un solo Espíritu, un solo Bautismo, en la variedad de los carismas y de los ministerios. ¡Qué gran don ser Iglesia, formar parte del pueblo de Dios! Todos somos el Pueblo de Dios. En la armonía, en la comunión de la diversidad, que es obra del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es la armonía y construye la armonía: es un don de Él, y debemos estar abiertos para recibirlo.

El obispo es custodio de esta armonía. El obispo es custodio de este don de la armonía en la diversidad. Por ello el Papa Benedicto quiso que la actividad pastoral en las basílicas papales franciscanas esté integrada en la pastoral diocesana. Porque él debe construir la armonía: es su tarea, su deber y su vocación. Y él tiene un don especial para hacerlo. Me alegra que estéis caminando bien por esta senda, con beneficio para todos, colaborando juntos con serenidad, y os aliento a continuar. La visita pastoral que concluyó hace poco y el Sínodo diocesano que estáis por celebrar son momentos fuertes de crecimiento para esta Iglesia, que Dios bendijo de modo particular. La Iglesia crece, no por hacer proselitismo: no, no. La Iglesia no crece por proselitismo. La Iglesia crece por atracción, la atracción del testimonio que cada uno de nosotros da al Pueblo de Dios.

Ahora, brevemente, quisiera destacar algunos aspectos de vuestra vida de comunidad. No quiero deciros cosas nuevas, sino confirmaros en aquellas más importantes, que caracterizan vuestro camino diocesano.

La primera cosa es escuchar la Palabra de Dios. La Iglesia es esto: la comunidad —lo dijo el obispo—, la comunidad que escucha con fe y con amor al Señor que habla. El plan pastoral que estáis viviendo juntos insiste precisamente en esta dimensión fundamental. Es la Palabra de Dios la que suscita la fe, la nutre, la regenera. Es la Palabra de Dios la que toca los corazones, los convierte a Dios y a su lógica, que es muy distinta a la nuestra; es la Palabra de Dios la que renueva continuamente nuestras comunidades...

Pienso que todos podemos mejorar un poco en este aspecto: convertirnos todos en mejores oyentes de la Palabra de Dios, para ser menos ricos de nuestras palabras y más ricos de sus Palabras. Pienso en el sacerdote, que tiene la tarea de predicar. ¿Cómo puede predicar si antes no ha abierto su corazón, no ha escuchado, en el silencio, la Palabra de Dios? Fuera estas homilías interminables, aburridas,

de las cuales no se entiende nada. Esto es para vosotros. Pienso en el papá y en la mamá, que son los primeros educadores: ¿cómo pueden educar si su conciencia no está iluminada por la Palabra de Dios, si su modo de pensar y de obrar no está guiado por la Palabra? ¿Qué ejemplo pueden dar a los hijos? Esto es importante, porque luego papá y mamá se lamentan: «este hijo...». Pero tú, ¿qué testimonio le has dado? ¿Cómo le has hablado? ¿De la Palabra de Dios o de la palabra del telediarario? ¡Papá y mamá deben hablar ya de la Palabra de Dios! Y pienso en los catequistas, en todos los educadores: si su corazón no está caldeado por la Palabra, ¿cómo pueden caldear el corazón de los demás, de los niños, los jóvenes, los adultos? No es suficiente leer la Sagrada Escritura, es necesario escuchar a Jesús que habla en ella: es precisamente Jesús quien habla en la Escritura, es Jesús quien habla en ella. Es necesario ser antenas que reciben, sintonizadas en la Palabra de Dios, para ser antenas que transmiten. Se recibe y se transmite. Es el Espíritu de Dios quien hace viva la Escritura, la hace comprender en profundidad, en su sentido auténtico y pleno. Preguntémonos, como una de las preguntas hacia el Sínodo: ¿qué lugar tiene la Palabra de Dios en mi vida, en la vida de cada día? ¿Estoy sintonizado en Dios o en las tantas palabras de moda o en mí mismo? Una pregunta que cada uno de nosotros debe hacerse.

El segundo aspecto es el de caminar. Es una de las palabras que prefiero cuando pienso en el cristiano y en la Iglesia. Pero para vosotros tiene un sentido especial: estáis entrando en el Sínodo diocesano, y formar «sínodo» quiere decir caminar juntos. Pienso que esta es verdaderamente la experiencia más bella que vivimos: formar parte de un pueblo en camino, en camino en la historia, junto con su Señor, que camina en medio de nosotros. No estamos aislados, no caminamos solos, sino que somos parte del único rebaño de Cristo que camina junto.

Aquí pienso una vez más en vosotros sacerdotes, y dejad que me ponga también yo con vosotros. ¿Hay algo más bello para nosotros que el caminar con nuestro pueblo? ¡Es bello! Cuando pienso en estos párrocos que conocían el nombre de las personas de la parroquia, que iban a visitarlas; incluso como uno me decía: «Conozco el nombre del perro de cada familia», conocían incluso el nombre del perro. ¡Cuán hermoso era! ¿Hay algo más bello? Lo repito a menudo: caminar con nuestro pueblo, a veces delante, a veces en medio y a veces detrás: delante, para guiar a la comunidad; en medio, para alentarla y sostenerla; detrás, para mantenerla unida y que nadie se quede demasiado atrás, para mantenerla unida, y también por otra razón: porque el pueblo tiene «olfato». Tiene olfato en encontrar nuevas sendas para el camino, tiene el «sensus fidei», que dicen los teólogos. ¿Hay algo

más bello? En el Sínodo debe estar también lo que el Espíritu Santo dice a los laicos, al Pueblo de Dios, a todos.

Pero la cosa más importante es caminar juntos, colaborando, ayudándose mutuamente; pedir disculpas, reconocer los propios errores y pedir perdón, pero también aceptar las disculpas de los demás perdonando —¡cuán importante es esto!—. A veces pienso en los matrimonios que después de muchos años se separan. «Eh... no, no nos entendemos, nos hemos separado». Tal vez no han sabido pedir disculpas a tiempo. Tal vez no han sabido perdonar a tiempo. A los recién casados les doy siempre este consejo: «Reñid lo que queráis. Si vuelan los platos, dejadlos. Pero nunca acabar el día sin hacer las pases. ¡Nunca!». Si los matrimonios aprenden a decir: «Perdona, estaba cansado», o sólo un gesto: esta es la paz; y retomar la vida al día siguiente. Este es un buen secreto, y evita estas separaciones dolorosas. Cuán importante es caminar unidos, sin evasiones hacia adelante, sin nostalgias del pasado. Y mientras se camina se habla, se conocen, se cuentan unos a otros, se crece en el ser familia. Aquí preguntémoslos: ¿cómo caminamos? ¿Cómo camina nuestra realidad diocesana? ¿Camina unida? ¿Qué hago yo para que camine verdaderamente unida? No quisiera entrar en el tema de las habladurías, pero vosotros sabéis que las habladurías siempre dividen.

Por lo tanto: escuchar, caminar, y el tercer aspecto es la dimensión misionera: anunciar hasta las periferias. También esto lo he tomado de vosotros, de vuestros proyectos pastorales. El obispo me ha hablado recientemente de ello. Pero quiero subrayarlo, también porque es un elemento que viví mucho cuando estaba en Buenos Aires: la importancia de salir para ir al encuentro del otro, en las periferias, que son sitios, pero son sobre todo personas en situaciones de vida especial. Es el caso de la diócesis que tenía antes, la de Buenos Aires. Una periferia que me hacía mucho mal, era encontrar en las familias de clase media niños que no sabían hacer la señal de la cruz. ¡Esta es una periferia! Os pregunto: aquí, en esta diócesis, ¿hay niños que no saben hacer la señal de la cruz? Pensad en ello. Estas son verdaderas periferias existenciales, donde no está Dios.

En un primer sentido, las periferias de esta diócesis, por ejemplo, son las zonas de la diócesis que corren el riesgo de quedar al margen, fuera de las luces de los reflectores. Pero son también personas, realidades humanas de hecho marginadas, despreciadas. Son personas que tal vez se encuentran físicamente cercanas al «centro», pero espiritualmente están lejos.

No tengáis miedo de salir e ir al encuentro de estas personas, de estas situaciones. No os dejéis bloquear por los prejuicios, las costumbres, rigideces mentales o pastorales, por el famoso «siempre se ha hecho así». Se puede ir a las periferias sólo si se lleva la Palabra de Dios en el corazón y si se camina con la Iglesia, como san Francisco. De otro modo, nos llevamos a nosotros mismos, no la Palabra de Dios, y esto no es bueno, no sirve a nadie. No somos nosotros quienes salvamos el mundo: es precisamente el Señor quien lo salva.

Bien, queridos amigos, no os he dado recetas nuevas. No las tengo, y no creáis a quien dice tenerlas: no existen. He encontrado en el camino de vuestra Iglesia aspectos bellos e importantes que se deben hacer crecer y quiero confirmaros en ellos. Escuchad la Palabra, caminad juntos en fraternidad, anunciad el Evangelio en las periferias. Que el Señor os bendiga, la Virgen os proteja, y san Francisco os ayude a todos a vivir la alegría de ser discípulos del Señor. ¡Gracias!

PALABRAS DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LAS MONJAS DE CLAUSURA

Capilla del Coro de la Basílica de Santa Clara, Asís

Viernes 4 de octubre de 2013

Pensaba que esta reunión sería como hicimos dos veces en Castelgandolfo, en la sala capitular, yo solo con las religiosas, pero, os confieso, no tengo el valor de hacer salir a los cardenales. Hagámosla así.

Bien. Os agradezco mucho la acogida y la oración por la Iglesia. Cuando una religiosa consagra toda su vida al Señor en la clausura, tiene lugar una transformación que no se acaba de entender. La normalidad de nuestro pensamiento diría que esta religiosa está aislada, sola con el Absoluto, sola con Dios; es una vida ascética, penitente. Pero este no es el camino de una religiosa de clausura católica, ni siquiera cristiana. El camino pasa por Jesucristo, siempre. Jesucristo está en el centro de vuestra vida, de vuestra penitencia, de vuestra vida comunitaria, de vuestra oración y también de la universalidad de la oración. Por este camino sucede lo

contrario de quien piensa que ésta será una ascética religiosa de clausura. Cuando va por la senda de la contemplación de Jesucristo, de la oración y de la penitencia con Jesucristo, llega a ser grandemente humana. Las religiosas de clausura están llamadas a tener una gran humanidad, una humanidad como la de la Madre Iglesia; humanas, comprender todas las cosas de la vida, ser personas que saben comprender los problemas humanos, saben perdonar, saben pedir al Señor por las personas. Vuestra humanidad. Y vuestra humanidad viene por este camino, la Encarnación del Verbo, el camino de Jesucristo. ¿Cuál es el signo de una religiosa tan humana? La alegría, la alegría, cuando hay alegría. A mí me da tristeza cuando encuentro religiosas que no son alegres. Tal vez sonrén, ¡bah!, con la sonrisa de un asistente de vuelo, pero no con la sonrisa de la alegría, de esa que viene de dentro. Siempre con Jesucristo. Hoy en la misa, hablando del Crucificado, decía que Francisco lo había contemplado con los ojos abiertos, con las heridas abiertas, con la sangre que se derramaba. Esta es vuestra contemplación: la realidad. La realidad de Jesucristo. No ideas abstractas, no ideas abstractas, porque secan la cabeza. La contemplación de las llagas de Jesucristo. Las llevó al cielo, y las tiene. Es el camino de la humanidad de Jesucristo: siempre con Jesús, Dios-hombre. Y por ello es tan hermoso cuando la gente va al locutorio de los monasterios y pide oraciones y cuenta sus problemas. Tal vez la hermana no dice nada de extraordinario, pero es una palabra que le brota precisamente de la contemplación de Jesucristo, porque la hermana, como la Iglesia, está en el camino de ser experta en humanidad. Este es vuestro camino: no demasiado espiritual. Cuando son demasiado espirituales, pienso, por ejemplo, en santa Teresa, la fundadora de los monasterios que son vuestra competencia. Cuando una religiosa iba a ella, oh, con estas cosas (demasiado espirituales) decía a la cocinera: «dadle carne».

Siempre con Jesucristo, siempre. La humanidad de Jesucristo. Porque el Verbo vino en la carne, Dios se hizo carne por nosotros, y esto os dará una santidad humana, grande, bella, madura, una santidad de madre. La Iglesia os quiere así: madres, madre, madre. Dar vida. Cuando vosotras rezáis, por ejemplo, por los sacerdotes, por los seminaristas, tenéis con ellos una relación de maternidad; con la oración les ayudáis a ser buenos pastores del Pueblo de Dios. Pero recordad la carne de santa Teresa. Es importante. Este es el primer punto: siempre con Jesucristo, las llagas de Jesucristo, las llagas del Señor. Porque es una realidad que, después de la Resurrección, Él las tenía y las llevó.

La segunda cosa que quería deciros, brevemente, es la vida de comunidad. Perdonad, soportaos, porque la vida de comunidad no es fácil. El diablo se vale de

todo para dividir. Dice: «No quiero hablar mal, pero...», y comienza la división. No, esto no funciona, porque no conduce a nada: a la división. Cuidar la amistad entre vosotras, la vida de familia, el amor entre vosotras. Que el monasterio no sea un Purgatorio, que sea una familia. Los problemas están, estarán, pero, como se hace en una familia, con amor, buscar la solución con amor; no destruir esto para resolver aquello; no competir. Cuidar la vida de comunidad, porque cuando la vida de comunidad es así, de familia, es precisamente el Espíritu Santo quien está en medio de la comunidad. Estas dos cosas quería deciros: la contemplación siempre, siempre con Jesús —Jesús, Dios y Hombre—; y la vida de comunidad, siempre con un corazón grande. Dejando pasar, no vanagloriarse, soportar todo, sonreír desde del corazón. El signo de ello es la alegría. Pido para vosotras esta alegría que nace precisamente de la contemplación auténtica y de una bella vida comunitaria. ¡Gracias! Gracias por la acogida. Os pido que recéis por mí, por favor, no lo olvidéis. Antes de la bendición, recemos a la Virgen: Ave Maria...

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES DE UMBRÍA

PALABRAS DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Plaza de la Basílica di Santa María de los Ángeles, Asís

Viernes 4 de octubre de 2013

Queridos jóvenes de Umbría, ¡buenas tardes!

Gracias por haber venido, gracias por esta fiesta. De verdad, ¡ésta es una fiesta! Y gracias por vuestras preguntas.

Estoy contento de que la primera pregunta haya sido de una joven pareja. Un bello testimonio. Dos jóvenes que han elegido, han decidido, con alegría y con valor formar una familia. Sí, porque es verdad, se necesita valor para formar una familia. ¡Se necesita valor! Y vuestra pregunta, jóvenes esposos, se une a la de la vocación. ¿Qué es el matrimonio? Es una auténtica vocación, como lo son el sacerdocio y la vida religiosa. Dos cristianos que se casan han reconocido en su historia de amor la llamada del Señor, la vocación a formar de dos, hombre y mujer,

una sola carne, una sola vida. Y el Sacramento del matrimonio envuelve este amor con la gracia de Dios, lo enraíza en Dios mismo. Con este don, con la certeza de esta llamada, se puede partir seguros, no se tiene miedo de nada, se puede afrontar todo, ¡juntos!

Pensemos en nuestros padres, en nuestros abuelos o bisabuelos: se casaron en condiciones mucho más pobres que las nuestras, algunos en tiempo de guerra, o de posguerra; algunos emigraron, como mis padres. ¿Dónde encontraban la fuerza? La encontraban en la certeza de que el Señor estaba con ellos, que la familia está bendecida por Dios con el Sacramento del matrimonio, y que bendita es la misión de traer al mundo hijos y educarlos. Con estas certezas superaron incluso las pruebas más duras. Eran certezas sencillas, pero verdaderas; formaban columnas que sostenían su amor. No fue fácil su vida; había problemas, muchos problemas. Pero estas certezas sencillas les ayudaban a ir adelante. Y lograron formar una bella familia, dar vida, criar a los hijos.

Queridos amigos, se necesita esta base moral y espiritual para construir bien, ¡de modo sólido! Hoy, esta base ya no está garantizada por las familias y por la tradición social. Es más, la sociedad en la que habéis nacido privilegia los derechos individuales más que la familia —estos derechos individuales—, privilegia las relaciones que duran hasta que surjan dificultades, y por esto a veces habla de relación de pareja, de familia y de matrimonio de manera superficial y equívoca. Bastaría mirar ciertos programas televisivos y se ven estos valores. Cuántas veces los párrocos —también yo lo oí algunas veces— oyen a una pareja que va a casarse: «¿Pero vosotros sabéis que el matrimonio es para toda la vida?». «Ah, nosotros nos queremos mucho, pero... estaremos juntos mientras dure el amor. Cuando acabe, uno por un lado, el otro por otro». Es el egoísmo: cuando yo no siento, corto el matrimonio y me olvido de ese «una sola carne», que no puede dividirse. Es arriesgado casarse: ¡es arriesgado! Es ese egoísmo el que nos amenaza, porque dentro de nosotros todos tenemos la posibilidad de una doble personalidad: la que dice: «Yo, libre, yo quiero esto...», y la otra que dice: «Yo, mi, me, conmigo, para mí...». El egoísmo siempre, que vuelve y no sabe abrirse a los demás. La otra dificultad es esta cultura de lo provisional: parece que nada es definitivo. Todo es provisional. Como dije antes: bah, el amor, hasta que dure. Una vez oí a un seminarista —capaz— que decía: «Yo quiero ser sacerdote, pero durante diez años. Después me lo replanteo». Es la cultura de lo provisional, y Jesús no nos salvó provisionalmente: ¡nos salvó definitivamente!

¡Pero el Espíritu Santo suscita siempre respuestas nuevas a las nuevas exigencias! Y así se han multiplicado en la Iglesia los caminos para novios, los cursos de preparación al matrimonio, los grupos de jóvenes parejas en las parroquias, los movimientos familiares... Son una riqueza inmensa. Son puntos de referencia para todos: jóvenes en búsqueda, parejas en crisis, padres en dificultad con los hijos y viceversa. Nos ayudan todos. Y después están las diversas formas de acogida: la tutela, la adopción, las casas-familia de varios tipos... La fantasía —me permito la palabra—, la fantasía del Espíritu Santo es infinita, pero es también muy concreta. Entonces desearía decirles que no tengáis miedo de dar pasos definitivos: no tengáis miedo de darlos. Cuántas veces he oído a las mamás que me dicen: «Pero, padre, yo tengo un hijo de 30 años y no se casa: no sé qué hacer. Tiene una bella novia, pero no se decide». ¡Pero señora, no le planche más las camisas! Es así. No tener miedo de dar pasos definitivos, como el del matrimonio: profundizad en vuestro amor, respetando sus tiempos y las expresiones, orad, preparaos bien, pero después tened confianza en que el Señor no os deja solos. Hacedle entrar en vuestra casa como uno de la familia; Él os sostendrá siempre.

La familia es la vocación que Dios ha escrito en la naturaleza del hombre y de la mujer, pero existe otra vocación complementaria al matrimonio: la llamada al celibato y a la virginidad por el Reino de los cielos. Es la vocación que Jesús mismo vivió. ¿Cómo reconocerla? ¿Cómo seguirla? Es la tercera pregunta que me habéis hecho. Pero alguno de vosotros puede pensar: pero este obispo, ¡qué bueno! Hemos hecho las preguntas y tiene las respuestas todas listas, escritas. Recibí las preguntas hace algunos días. Por esto las conozco. Y os respondo con dos elementos esenciales sobre cómo reconocer esta vocación al sacerdocio o a la vida consagrada. Orar y caminar en la Iglesia. Estas dos cosas van juntas, están entrelazadas. En el origen de toda vocación a la vida consagrada hay siempre una experiencia fuerte de Dios, una experiencia que no se olvida, se recuerda durante toda la vida. Es la que tuvo Francisco. Y esto nosotros no lo podemos calcular o programar. ¡Dios nos sorprende siempre! Es Dios quien llama; pero es importante tener una relación cotidiana con Él, escucharle en silencio ante el Sagrario y en lo íntimo de nosotros mismos, hablarle, acercarse a los Sacramentos. Tener esta relación familiar con el Señor es como tener abierta la ventana de nuestra vida para que Él nos haga oír su voz, qué quiere de nosotros. Sería bello oírlos a vosotros, oír aquí a los sacerdotes presentes, a las religiosas... Sería bellísimo, porque cada historia es única, pero todas parten de un encuentro que ilumina en lo profundo, que toca el corazón e involucra a toda la persona: afecto, intelecto, sentidos, todo. La relación con Dios no se refiere sólo a una parte de nosotros mismos, se refiere a todo. Es un amor tan

grande, tan bello, tan verdadero, que merece todo y merece toda nuestra confianza. Y una cosa querría decirla con fuerza, especialmente hoy: ¡la virginidad por el Reino de Dios no es un «no», es un «sí»! Ciertamente, comporta la renuncia a un vínculo conyugal y a una familia propia, pero en la base está el «sí», como respuesta al «sí» total de Cristo hacia nosotros, y este «sí» hace fecundos.

Pero aquí en Asís no hay necesidad de palabras. Está Francisco, está Clara, ¡hablan ellos! Su carisma continúa hablando a muchos jóvenes en el mundo entero: chicos y chicas que dejan todo para seguir a Jesús en el camino del Evangelio.

He aquí: Evangelio. Desearía tomar la palabra «Evangelio» para responder a las otras dos preguntas que me habéis hecho, la segunda y la cuarta. Una se refiere al compromiso social, en este período de crisis que amenaza la esperanza; la otra se refiere a la evangelización, llevar el anuncio de Jesús a los demás. Me habéis preguntado: ¿qué podemos hacer? ¿Cuál puede ser nuestra contribución?

Aquí en Asís, aquí cerca de la Porciúncula, me parece oír la voz de san Francisco que nos repite: «¡Evangelio, Evangelio!». Me lo dice también a mí, es más, antes a mí: ¡Papa Francisco, sé servidor del Evangelio! Si yo no logro ser un servidor del Evangelio, mi vida no vale nada.

Pero el Evangelio, queridos amigos, no se refiere sólo a la religión, se refiere al hombre, a todo el hombre, se refiere al mundo, a la sociedad, la civilización humana. El Evangelio es el mensaje de salvación de Dios para la humanidad. Pero cuando decimos «mensaje de salvación» no es una forma de hablar, no son sencillas palabras o palabras vacías como hay tantas hoy. La humanidad tiene verdaderamente necesidad de ser salvada. Lo vemos cada día cuando hojeamos el periódico, u oímos las noticias en televisión; pero lo vemos también a nuestro alrededor, en las personas, en las situaciones; y lo vemos en nosotros mismos. Cada uno de nosotros tiene necesidad de salvación. Solos no podemos. Tenemos necesidad de salvación. ¿Salvación de qué? Del mal. El mal actúa, hace su trabajo. Pero el mal no es invencible y el cristiano no se resigna frente al mal. Y vosotros, jóvenes, ¿queréis resignaros frente al mal, a las injusticias, a las dificultades? ¿Queréis o no queréis? [Los jóvenes responden: ¡No!]. Ah, vale. Esto agrada. Nuestro secreto es que Dios es más grande que el mal; y esto es verdad. Dios es más grande que el mal. Dios es amor infinito, misericordia sin límites, y este Amor ha vencido el mal de raíz en la muerte y resurrección de Cristo. Esto es el Evangelio, la Buena Nueva: el amor de Dios ha

vencido. Cristo murió en la cruz por nuestros pecados y resucitó. Con Él podemos luchar contra el mal y vencerlo cada día. ¿Lo creemos o no? [Los jóvenes responden: ¡Sí!] Pero este «sí» debe ir a la vida. Si yo creo que Jesús ha vencido el mal y me salva, debo seguir a Jesús, debo ir por el camino de Jesús durante toda la vida.

Así que el Evangelio, este mensaje de salvación, tiene dos destinos que están unidos: el primero, suscitar la fe, y esto es la evangelización; el segundo, transformar el mundo según el proyecto de Dios, y esto es la animación cristiana de la sociedad. Pero no son dos cosas separadas, son una única misión: llevar el Evangelio con el testimonio de nuestra vida transforma el mundo. Este es el camino: llevar el Evangelio con el testimonio de nuestra vida.

Miremos a Francisco: él hizo las dos cosas, con la fuerza del único Evangelio. Francisco hizo crecer la fe, renovó la Iglesia; y al mismo tiempo renovó la sociedad, la hizo más fraterna, pero siempre con el Evangelio, con el testimonio. ¿Sabéis qué dijo una vez Francisco a sus hermanos? «Predicad siempre el Evangelio y si fuera necesario también con las palabras». Pero, ¿cómo? ¿Se puede predicar el Evangelio sin las palabras? ¡Sí! ¡Con el testimonio! Primero el testimonio, después las palabras. ¡Pero el testimonio!

Jóvenes de Umbría: ¡haced así también vosotros! Hoy, en el nombre de san Francisco, os digo: no tengo oro, ni plata que daros, sino algo mucho más precioso, el Evangelio de Jesús. Id con valentía. Con el Evangelio en el corazón y entre las manos, sed testigos de la fe con vuestra vida: llevad a Cristo a vuestras casas, anunciadle entre vuestros amigos, acogedle y servidle en los pobres. Jóvenes, dad a Umbría un mensaje de vida, de paz y de esperanza. ¡Podéis hacerlo!

Después de rezar el Padre Nuestro e impartir la bendición, añadió:

Y por favor, os pido: rezad por mí.

HOY DOMINGO

HOJA LITÚRGICA DE LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

1. La Hoja está concebida como medio semanal de formación litúrgica, con el fin de preparar la Misa dominical o profundizar después de su celebración. Es la única Hoja litúrgica concebida primordialmente para los fieles y comunidades religiosas.

2. Sirve de manera especial a los miembros de los equipos de litúrgica y para los que ejercen algún ministerio en la celebración. También ayuda eficazmente al sacerdote celebrante para preparar la eucaristía y la homilía.

3. Incluye también el calendario litúrgico para la semana.

4. En muchas parroquias se coloca junto a la puerta de entrada del templo, con el fin de que los fieles puedan recogerla y depositar un donativo, si lo creen oportuno. Son muchos los fieles que agradecen este servicio dominical.

NORMAS GENERALES DE FUNCIONAMIENTO

- **SUSCRIPCIÓN MÍNIMA:** 25 ejemplares semanales (1.300 ejemplares año).
- **ENVÍOS:** 8 DOMINGOS ANTICIPADAMENTE (un mes antes de la entrada en vigor).
Hasta 25 ejemplares se mandan por Correos.
Desde 50-75-100-150-200 etc. ejemplares los lleva un repartidor.
- **COBRO:** Domiciliación bancaria o talón bancario.
Suscripción de 25 a 75 ejemplares se cobran de una sola vez (Junio).
Resto de suscripciones en dos veces (Junio y Diciembre).
El pago se efectúa cuando se han enviado ya los ejemplares del **primer semestre**.
- **DATOS ORIENTATIVOS:** 25 ejemplares año . . . 188 Euros (mes 15,67 Euros)
50 ejemplares año . . . 364 Euros (mes 30,33 Euros)
100 ejemplares año . . . 620 Euros (mes 51,67 Euros)
- **SUSCRIPCIONES:** Servicio Editorial del Arzobispado de Madrid.
c/ Bailén, 8
Telfs.: 91 454 64 00 - 27
28071 Madrid

